



X Certamen Internacional de Relatos
“En mi verso soy libre”

El futuro

Relatos 2017

Ana Jara García, Clara Navas López (coords.)

**X CERTAMEN INTERNACIONAL DE RELATOS
“EN MI VERSO SOY LIBRE”**

El futuro

Relatos 2017

**X CERTAMEN INTERNACIONAL DE RELATOS
“EN MI VERSO SOY LIBRE”**

El futuro

Relatos 2017

Coordinadores:

Ana Jara García

Clara Navas López



Región de Murcia
Consejería de Educación y Universidades



Región de Murcia
Consejería de Educación
y Universidades

Promueve:

- © Región de Murcia
Consejería de Educación y Universidades.
Dirección General de Innovación Educativa y Atención a la Diversidad

Edita:




- © Región de Murcia
Consejería de Educación y Universidades.
Secretaría General. Servicio de Publicaciones
www.educarm.es/publicaciones

Creative Commons License Deed




Los contenidos de este libro están bajo una licencia Creative Commons de tipo Reconocimiento No Comercial Sin Obra Derivada.

Usted es libre de Compartir - copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las siguientes condiciones:

-  Reconocimiento- debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciadore (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hacen de su obra).
-  No comercial- no puede utilizar esta obra para fines comerciales.
-  Obras no derivadas- no puedes alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Entendiendo que se puede renunciar a alguna de estas condiciones si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor.

Advertencia: esto es un resumen del texto legal (la licencia completa) disponible en:  creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/

Autores:

Pura Azorín (prólogo)
Alumnado (relatos)
Pepe Marco Aledo (ilustración de cubierta)
Ilustraciones interiores (ver índice)

Imprime:

42lineasdigital - 42lineasdigital@gmail.com

Primera edición:

Mayo 2017 - 1.000 ejemplares

ISBN:

978-84-697-2509-2

Depósito Legal:

MU-424-2017

Este libro es el resultado de la selección de relatos del X Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre” 2017. Organiza:

EAHD Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y
Domiciliaria de la Región de Murcia.

Dirección General de Innovación Educativa y Atención a la Diversidad.
Consejería de Educación y Universidades

**Comité organizador del X Certamen Internacional de Relatos
“En mi verso soy libre” 2017:**

Dirección del Proyecto: Ana María Ferrer Mendoza

Secretaria: Juana María Sánchez García

Presidenta del Jurado: Aurora Gil Bohórquez

Coordinadores Docentes: Ana María Ferrer Mendoza, Juana María
Sánchez García, Francisca Martínez Andreu y José Blas García Pérez

Coordinación Editorial: Francisco Javier Soto Pérez

Coordinación Institucional: Elena Ladrón de Guevara Mellado

Índice

Prólogo	13
---------------	----

CATEGORÍA A (de 6 a 9 años)

01. El hospital del futuro	17
Alberto Barranquero Sánchez	
Ilustración: Javier Tapia Gutiérrez	
02. No quiero ser un superhéroe	21
Yago Revuelto López	
Ilustración: Almudena Vázquez	
03. Erase y un día especial	25
Rocío Fernández Campos	
Ilustración: Dolores Ojeda	
04. El hospital del futuro	29
Álvaro Hervás Pintor	
Ilustración: Carmen Osete	
05. La gran aventura del futuro	33
Coral Cazorla Rabal	
Ilustración: Franco de Sena Osete Cerdán	
06. Cuando tenga 27 años	39
Gadiel Torres Hernández	
Ilustración: Elena Sol	
07. La princesa hermosa	43
Jasa El Yakouti Hayane	
Ilustración: Loles Salas	

08. Viaje en el futuro	47
Angelina Vanegas Plaza	
Ilustración: Carolina Vargas Uribe	
09. Yeti viaja en el futuro	51
Lucía Fernández Ayala	
Ilustración: Rocío Copete	

CATEGORÍA B (de 10 a 13 años)

01. En el futuro	59
Martina Dumas González-Izcaray	
Ilustración: Laura Cerdán Sandoval	
02. Una mañana en el futuro	67
Víctor Rodríguez San Miguel	
Ilustración: Jonás García y Jesús García	
03. El futuro	71
Raquel López Hidalgo	
Ilustración: Sioni López	
04. Los inventos de Cloe	75
Noelia El Baghdadi Ciziunaite	
Ilustración: Lucía Álvarez	
05. El caramelo recordatorio	79
Cloe León Álvarez	
Ilustración: Francesca Cristina Ureña	
06. Mi vida en el futuro	85
Ainhoa Sánchez Martínez	
Ilustración: Ramón Besonías Román	
07. El capítulo siguiente	91
Christian Jiménez Torrejón	
Ilustración: Ana Salamanca	
08. La cura por amor	95
Larissa Rodrigues Sil de Oliveira	
Ilustración: Clara Cordero	

CATEGORÍA C (de 14 a 17 años)

01. Sonrisas de Magdalena	103
Cecilia Mansilla Sánchez	
Ilustración: Luz Beloso	
02. El día de mañana	113
Adriana Saiz Aguayo	
Ilustración: Garbiñe Larralde y Ana Fanjul	
03. 2067	117
Paula Sinaí Martínez Romero	
Ilustración: Juan Francisco Martínez Martínez	
04. Diario de una joven perteneciente a una generación perdida	123
Marina Vélez Pérez	
Ilustración: José Ventura Galván Cabrera	
05. El futuro en un sueño	129
María López Soria	
Ilustración: Eva Cortés	
06. El espejo	139
Santiago Riquer Masiá	
Ilustración: Miguel Alemán	
07. La cura a través del tiempo	145
Alba Parra González	
Ilustración: Asís Pazó	
0.8 El sueño de Nathan	155
Federico González Tercero	
Ilustración: Henar Morós	

CATEGORÍA E (Especial e Inclusiva)

01. Los reinos de Etagi y Segu	163
Salif Cisse	
Ilustración: Francisco Riquelme Mellado	

Prólogo

El tema propuesto para este año en el certamen “En mi verso soy libre” es nada menos que *el futuro*. Una palabra que se enreda en la lengua como una golosina que no se termina nunca: fu-tu-ro. Nos lleva a sueños, libertad, deseos, tierra virgen...

La palabra *futuro* viene del vocablo latino *futurum*, el tiempo que está por venir.

Newton nos dijo que el tiempo es un río que fluye continuamente y a la misma velocidad en todas partes. Es algo absoluto.

Pero llegó Einstein con su teoría de la relatividad y cambió nuestra manera de ver el futuro. Unificó el tiempo y el espacio en una sola entidad: el espacio-tiempo. El tiempo ya no es absoluto, es parte de la estructura del universo. El pasado, el presente y el futuro son ilusiones. Una buena manera de explicarlo es ¡un libro! Todo lo que sucede son páginas arrancadas a un libro y arrojadas al azar; me encanta esta imagen, que es una perfecta y literaria alegoría. Y sí, aunque Einstein, tan inteligente como divertido, dijo burlón que “el futuro ya no es lo que era”, también dijo que “la mejor manera de predecir el futuro es crearlo”. Para decirlo de manera cartesiana: “*imago, ergo est* (‘lo imagino, luego existo’)

Esta hermosa palabra, *futuro*, polisémica y compleja, se propone a chicos y chicas que sufren una situación especial: están

hospitalizados. Además del problema físico, el aburrimiento es la condena de la hospitalización. Es un hecho, una gran verdad, la extraordinaria potencia creativa del dolor y las situaciones nuevas, y entonces, ¡alehop!, empieza el proceso de la escritura.

Gracias a esa mágica telepatía que es la escritura, nosotros los lectores, podemos conocer el mundo que ideó una niña desde la cama de un hospital, o las aventuras galácticas que imaginó un chico sujeto a un gotero. Porque, cuando abres un libro y comienzas a leer un cuento, te subes en una máquina del tiempo.

Un relato poético o irónico, realista o fantástico. Estoy deseando leer cuál ha sido el punto de vista escogido por los jóvenes escritores.

Acompáñenme a viajar a este futuro perfecto.

Pura Azorín

CATEGORÍA A

(De 6 a 9 años)

El hospital del futuro

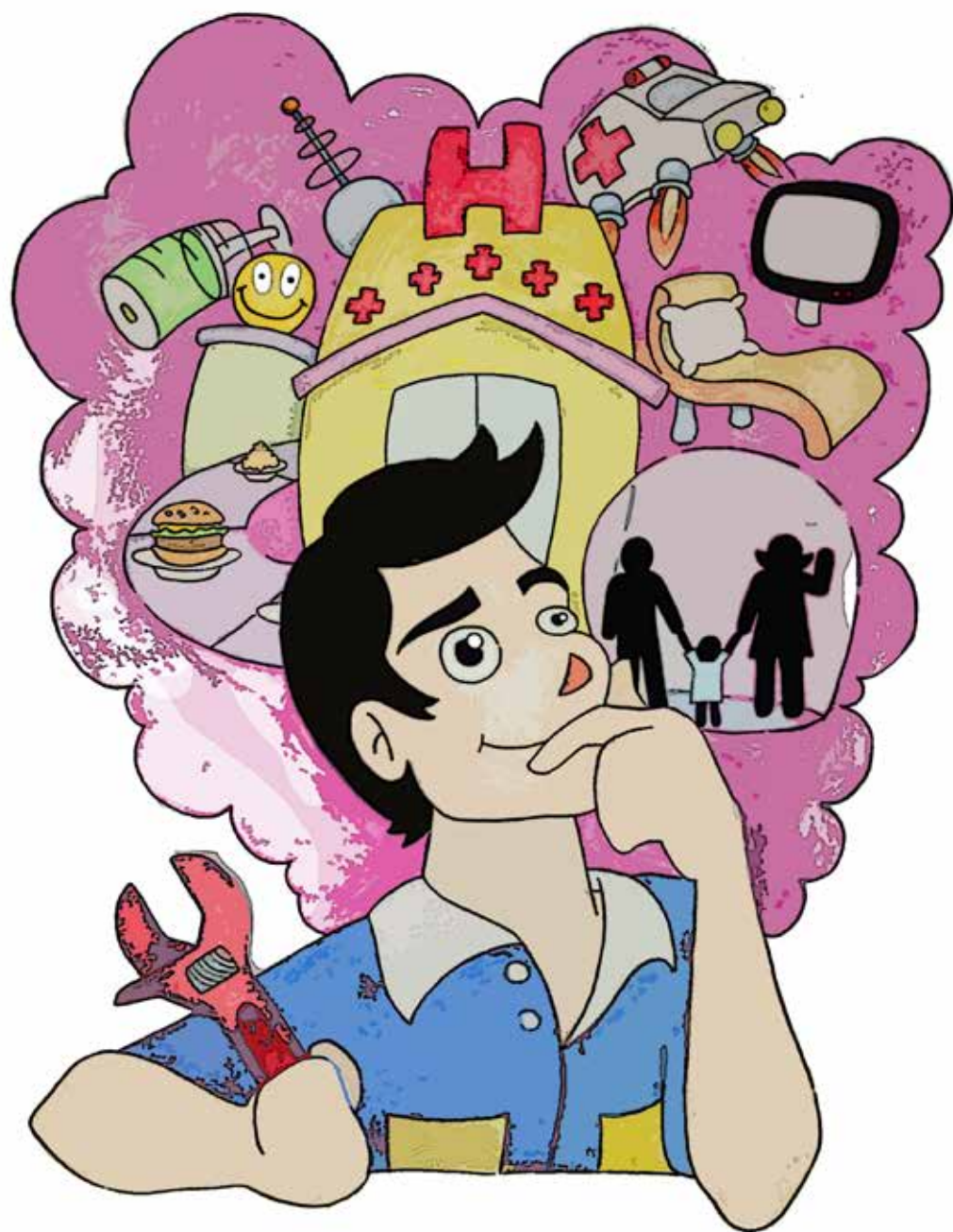


Ilustración: Javier Tapia Gutiérrez

GANADOR CATEGORÍA A

El hospital del futuro

Alberto Barranquero Sánchez

Aula Hospitalaria del Hospital Universitario Virgen Macarena de Sevilla

Alberto es un niño muy alegre, y cuando sea mayor quiere ser científico, por eso siempre está haciendo experimentos en su casa.

Lleva unos días trabajando en un proyecto muy especial para hacer feliz a su amigo Juan que está ingresado en el hospital. Por eso, cuando sus amigos van a verlo todas las tardes para irse a jugar al parque, siempre les dice: «Hoy no puedo, estoy ocupado». Y sus amigos dicen entre ellos: «¡Que niño tan raro!».

Alberto está construyendo una máquina muy rara para que en el futuro los hospitales sean tan cómodos como un hotel de cinco estrellas. Su hospital ideal tendría asientos que se convertirían en camas muy cómodas para los acompañantes cuando llega la noche. También existirían unas *tablets* que servirían para escoger el menú; por ejemplo hamburguesas con menos grasas y macarrones con salsa carbonara (con todo el sabor de los mejores restaurantes, pero muy sanas y bajas en grasa).

También existirían unas máquinas con gas que curen todas las enfermedades y una aguja que no duela al pinchar. También una

máquina en forma de burbuja, que sirva para que los pacientes que están aislados puedan pasear sin tener ningún tipo de riesgo. En esta misma máquina, podrían entrar sus familiares, amigos y todo tipo de visitas y, así, podrían darle muchos besos y abrazos a todos, sin ningún riesgo. Con esta máquina podrían acompañar a sus padres a ir al supermercado, al parque, al cine...

En este hospital las televisiones de las habitaciones serían gratis y tendrían muchos canales infantiles. Con ellas podrían hablar a través de *skipe* con sus amigos y familia cuando, por algún motivo, no puedan visitarlo.

Con el paso del tiempo, después de estudiar mucho y graduarse como ingeniero, consiguió su sueño: crear la máquina que había imaginado.

Sus amigos se dieron cuenta de lo importante que es tener ilusiones, constancia, el valor del esfuerzo y... luchar por lo que crees.

No quiero ser un superhéroe



Ilustración: Almudena Vázquez

No quiero ser un superhéroe

Yago Revuelto López

Aula Hospitalaria del Hospital Universitario Central de Asturias

Érase una vez un niño que se llamaba Yago, vivía en el planeta Júpiter, donde vivían todos los superhéroes del mundo. Júpiter es un planeta de varios colores: marrón, blanco, amarillento, azul... con muchísima vegetación y un mar muy grande.

Podíamos encontrarnos en el planeta con muchísimos poderes: la superfuerza, la supervelocidad, visión de rayos X, etc. Todos y cada uno de los superhéroes tenían un superpoder distinto. Comían manzanas de poder que estaban en árboles de poder dentro del parque forestal. También comían superpulpos, superpeces y superverdura. Todos trabajaban en oficinas y descansaban mediodía y la noche. No iban a trabajar muy pronto, solían entrar a trabajar a las diez de la mañana. Solían vestirse con trajes ajustados de superhéroes, sus casas eran automatizadas, algunas eran edificios y otras eran casas pequeñas.

Yago tenía el poder de hacer aparecer cosas y vivía con sus padres en una casa pequeña. Yago no quería vivir en Júpiter porque quería tener una vida normal y corriente, porque si no la vida sería muy sencilla, y complicarse de vez en cuando era divertido. A Yago le gustaría vivir en una ciudad normal y corriente.

Un día cogió su cohete y se fue al espacio en busca de un planeta normal y corriente. El viaje de Yago sería muy largo, de cuatro años, nada más y nada menos. Yago buscaba a gente que necesitara una grúa para levantar un coche, gente que se cansara al andar, gente que necesitara un avión para volar, etc. Yago comía comida en polvo, dormía solo en su nave y sus superpoderes los dejó de utilizar.

En el año 2020, cuando Yago tenía trece años, por fin encontró un planeta llamado Tierra en el que descubrió que toda la gente del planeta eran personas normales y corrientes. Se quedó a vivir en él, y en verano se iba a Júpiter a ver a sus padres, aunque a Yago no le gustan las personas perfectas porque a la gente no le hace falta ser perfecta; da igual como sea la gente: alta, baja, torpe..., lo que importa es que cada uno sea una buena persona.

Erase y un día especial



Ilustración: Dolores Ojeda

Erase y un día especial

Rocío Fernández Campos

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia

Aula Hospitalaria del HCU Virgen de la Arrixaca

Érase una vez en el año 3014 en un planeta llamado Erase se encontraba una niña llamada Flaky con su mascota Pisu, uno de los únicos perros de ese planeta que hablaba. Pero solo había unos pocos porque los que hablaban eran medio robot. También en ese lugar se desarrolló mucho la tecnología, sobre todo los coches, que eran extraordinarios, ya que podían avanzar sobre cualquier tipo de terreno, como agua, tierra y aire. Cuando iban por el aire se les desplegaban unas alas a los lados de las puertas, por la tierra le aparecían garras de topo y por el mar, aletas.

Un día por la mañana, Flaky se despertó y se dio cuenta de que todo el mundo estaba de color gris y muy cansado, menos ella, y cuando se miró al espejo se oyó una voz muy aguda que decía: «En el fondo del fruto se haya el jugo». Flaky entendió la adivinanza, que significaba que en el centro del planeta se encontraba la solución de todo. Con su coche del futuro fue hasta el fondo de la tierra y cuando llegó, la misma voz de antes le dijo que tenía que sacrificar su esperanza y el ser tan determinada y, a cambio todo, el mundo volvería a ser feliz. Así, ella era tan buena que aceptó.

Entonces, una esfera brillante cubrió todo lo que veía y de golpe apareció de nuevo en su habitación, y ahora todos estaban bien, pero ella no se sentía bien, no podía ni sonreír. Pero todo se arregló un día, cuando todos sus amigos le hicieron una gran sorpresa, y volvió a sonreír. Hasta su perro, que desde entonces nunca tuvo ningún problema y siempre sonreía.

El hospital del futuro



Ilustración: Carmen Osete

El hospital del futuro

Álvaro Hervás Pintor

Aula Hospitalaria del Hospital Universitario de Fuenlabrada

En el hospital del futuro te curan con agua salada. Sí, lo que oís: «¡Agua salada!». Tengas la enfermedad que tengas. Te la dan, te la tomas, esperas tres segundos y ¡CURADO! Pero las cosas no eran tan sencillas hace trescientos años, allá por el 2016. Un antepasado mío, me cuentan que estuvo por un gran dolor de estómago que le obligaba a vomitar, vomitar, vomitar... ¡Diez días pasó ingresado! ¡Qué mal! Se curó, sí, pero tardó muchos días.

Parece ser que yo también tengo esa enfermedad, pues acabo de estar en el hospital y allí me han curado en solo tres segundos. ¡QUÉ MARAVILLA DE AGUA!

Pero os cuento. Esa agua mágica no es del planeta Tierra. Es de Marte. Resulta que en una expedición trajeron muestras del agua de allí que, por supuesto, era de color rojo, y aunque con algo de asco, pues parecía sangre, la probaron, y el señor que tenía un dolor en la espalda que no se le quitaba con nada... ¡Tata chan! Se le quitó en tres segundos. Hicieron más pruebas y siempre sanaban los enfermos.

Por eso yo me he puesto bueno en tan poco tiempo. ¡Qué suerte vivir en el año 2317 que es cuando os escribo mi historia!

La gran aventura del futuro

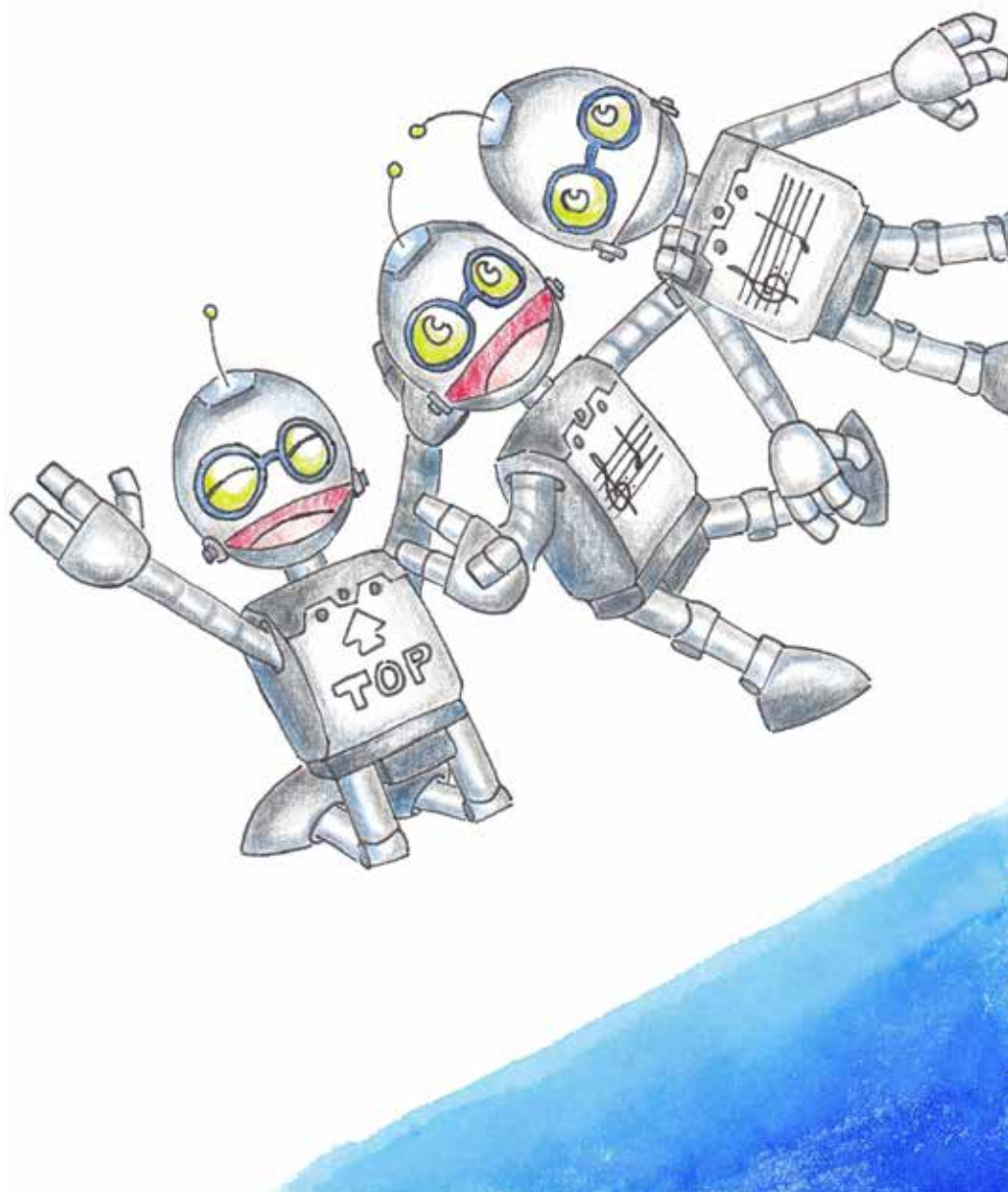


Ilustración: Franco de Sena Osete Cerdán

La gran aventura del futuro

Coral Cazorla Rabal

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia

Aula Hospitalaria del HCU Virgen de la Arrixaca

Había una vez tres robots muy pequeños que vivían en el futuro y tenían gafas que les ayudaban a ver mejor y servían también para volar. Los científicos inventaron esas gafas para que los robots pudieran ir más rápido de un planeta a otro.

Los hermanos vivían en un lago llamado Mar Del Coral, un lago mágico que en invierno se convertía en hielo y cuando se le echaba agua, crecían plantas y flores de muchos colores brillantes y metálicos.

Todos los hermanos tenían casi los mismos años, Robo La tenía treinta años, Robo Mi tenía veintinueve años y Robo Top tenía treinta y uno. Vivían todos juntos en su casa y cada uno tenía su habitación mágica: la de Robo tenía literas cantarinas que por las noches cantaban y, además, tenían un tobogán que daba un masaje en la espalda. Robo Mi tenía en su habitación una mesa que le hacía los deberes y la habitación del último hermano, Robo Top, era la más mágica de la casa, porque si se decía algo que era imposible, la habitación lo podía hacer.

Al día siguiente, fueron al colegio, como todos los días, pero cuando llegaron, había otra maestra porque la suya estaba enfer-

ma y durante varios días no iba a asistir al cole. Los robots se pusieron muy tristes y no había nada que lo arreglara, ni la magia, que dejó de funcionar.

Los robots, con sus gafas, empezaron a volar para ver quién había inventado la magia y poder arreglarlo. Fueron buscando y buscando por todos los planetas de la galaxia, pero no encontraron nada, solo estrellas voladoras, meteoritos con los que se chocaban y naves espaciales. Pronto se hizo de noche y tuvieron que marcharse a su casa y decidieron seguir buscando al día siguiente. Pero cuál fue su sorpresa que un hombre tocó a la puerta, y cuando abrieron los robots, el hombre dijo:

—Yo sé quién inventó la magia, pero tenéis que descubrirlo vosotros porque sois el destino de la magia.

Dicho esto, el hombre se fue muy misteriosamente y los robots se quedaron pensando. Cuando los robots fueron a dormir, descubrieron que en cada habitación había un escondite secreto. Se metieron y allí estaba el mismo hombre que había tocado a la puerta, y dijo:

—Vosotros sois la magia, y si estáis tristes, la magia se para, pero si estáis contentos, la magia fluirá mucho más de lo que os imagináis e irá por todos los planetas e, incluso, hasta la Tierra.

Los robots se pusieron contentos y la magia volvió a funcionar.

La vida de los robots continuaba, pero de vez en cuando se ponían tristes porque su padre no estaba con ellos en este momento; había ido de viaje y ya no volvió nunca. Para arreglarlo, fueron al escondite de su habitación y se encontraron otra vez a ese hombre, y les dijo que él era su verdadero padre y que

desde el escondite los cuidaba. Entonces, todos se fueron al salón de la casa, llamaron a la madre y se puso muy contenta y empezó a llorar de alegría. Para celebrarlo, se fueron todos a cenar a un restaurante y los robots nunca volvieron a estar tristes.

Cuando tenga veintisiete años

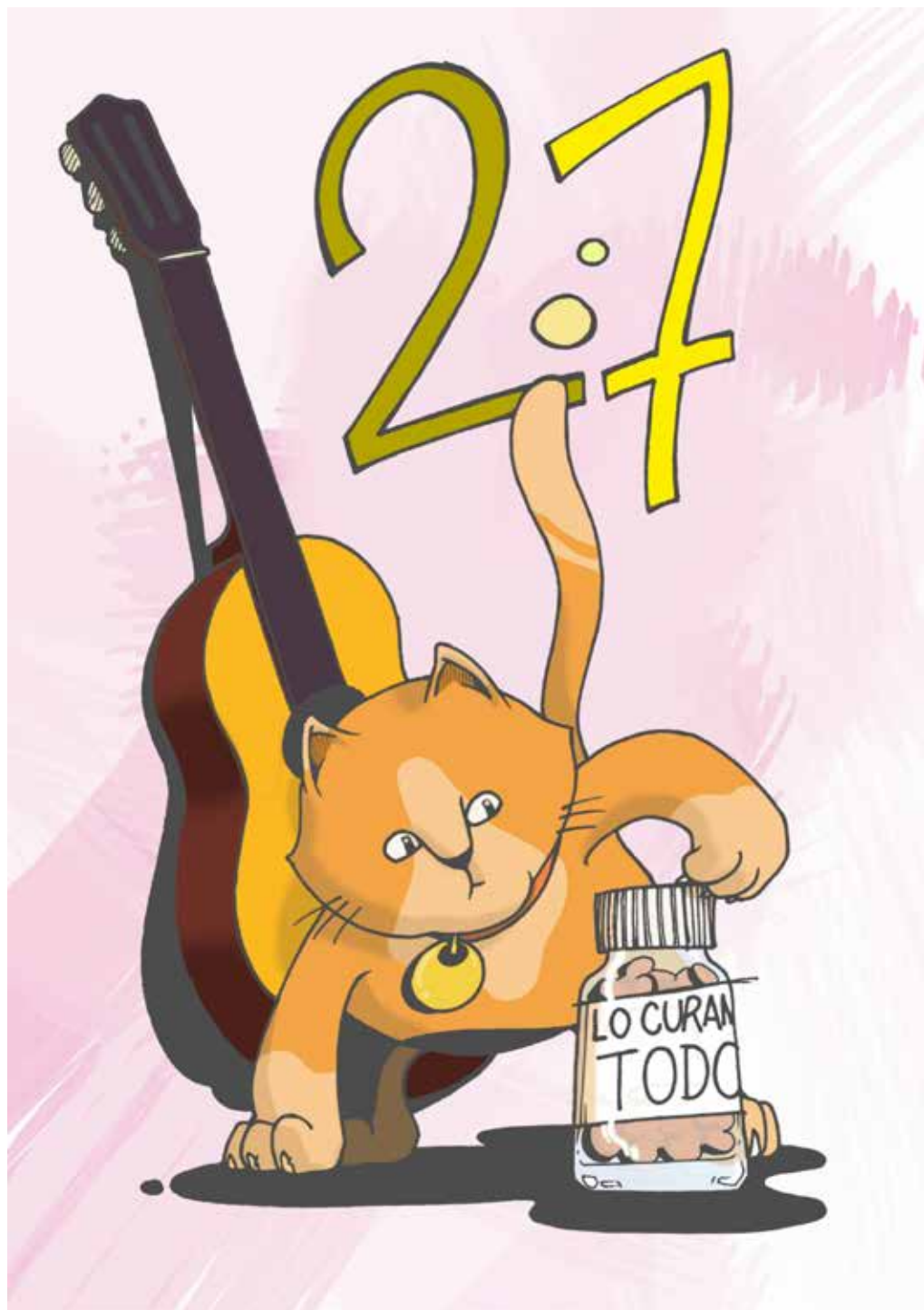


Ilustración: Elena Sol

Cuando tenga veintisiete años

Gadiel Torres Hernández

Aula Hospitalaria del Hospital Materno Infantil Las Palmas de Gran Canarias

Me gustaría ser médico de familia. Haré medicinas más rápidas. Con una pastilla, las personas quedarán sanas. Los enfermos no irían a los hospitales. Se curarían en casa.

Después de trabajar, tocaría la guitarra. También me gustaría jugar con mi gato. Se llamará Juan.

La princesa hermosa



Ilustración: Loles Salas

La princesa hermosa

Jasa El Yakouti Hayane

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia

Aula Hospitalaria del HCU Virgen de la Arrixaca

Había una vez una princesa que vivía en el año 2400 en un bosque especial donde había coches voladores, robots, árboles mágicos etc. La princesa se llamaba Ana, era muy guapa, con un pelo precioso y con un vestido rosa con las mejores decoraciones.

Un día, decidió ir a casa de su mejor amiga Paqui, y llamó a un taxi volador que la llevó en un periquete. Y, así, todos los días, hasta que un día el taxi se rompió y cayó encima de un árbol. La princesa estaba triste y se sentía mal y sola encima de ese árbol. Se le ocurrió pedir ayuda gritando, pero nadie venía.

Se quedó así sola dos días, hasta que al tercero vino un príncipe montado en un caballo volador. El príncipe se llamaba Andrés y era guapo y joven. Andrés cogió a Ana y la subió a su caballo y la llevó a su casa porque sus padres estaban muy preocupados. Se hicieron amigos y salían todos los días a volar por los bosques vecinos y a visitar a su amiga Paqui.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Viaje en el futuro



Ilustración: Carolina Vargas Uribe

Viaje en el futuro

Angelina Vanegas Plaza

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia

Aula Hospitalaria del HGU Santa Lucía de Cartagena

En un castillo en lo alto de una colina vivía una princesa que un día encontró un mapa dentro de un cofre, debajo de la cama de su madre, ya que la madre le prohibía ir a su cuarto porque tenía miedo de que le pasara algo a su hija; había muchas cosas peligrosas para ella.

Al tocar el mapa, se hizo enorme al instante. La llevo a otro mundo, en el que vivían unas criaturas muy pequeñas. Eran muy graciosas, parecían extraterrestres.

La niña se sentía muy impactada al ver esas criaturas, y cansada de su fantástico viaje por un túnel, un pelín estrecho, se quedó dormida al caer del túnel, y al despertar...

...Los extraterrestres la habían acostado en una cama, y cuando abrió los ojos, había una estrella colgando muy brillante sobre un portal.

La niña sentía curiosidad al saber que había en el otro lado.

Cuando se metió en el portal, veía todos los planetas flotando. Vio una estrella pasar en el cielo con todos los planetas girando en su alrededor. Estaban Saturno, Marte..., con un montón de estrellas, y al instante llegó un satélite gigante.

Se escuchó un gran ruido. Ese planeta explotó porque el satélite pesaba demasiado para soportarlo.

Alguien parecía estar con ella, hasta que vio a su madre observándola desde una puerta enorme. Su madre quiso entrar, pero no podía porque había una barrera demasiado fuerte para cruzarla.

Gracias a las criaturas mágicas se encontraron las dos.

Desde entonces, jugaban todos a esconder el mapa misterioso, que hasta ese día nadie sabía que existía.

Yeti viaja en el futuro



Ilustración: Rocío Copete

Yeti viaja en el futuro

Lucía Fernández Ayala

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia

Aula Hospitalaria del HCU Virgen de la Arrixaca

Érase una vez un pueblo pequeño de casas azules y muchos jardines, donde vivía un perro blanco llamado Yeti. Tenía las patitas cortas, pero le gustaba dar grandes paseos. Era un perro muy peculiar porque siempre tenía mucha hambre.

Sus dueños se llamaban Claudia y Daniel. Claudia era rubia y muy simpática y le encantaban los animales, mientras que Daniel era un aficionado a los videojuegos, pero en el fondo era un buen chico. Sus dueños querían mucho a Yeti y Yeti a ellos.

Un día, Claudia tuvo una idea, y le dijo a su hermano:

—Vamos a hacer que hable Yeti.

—¿Cómo? ¡Pero qué dices! ¡Cómo va hablar un perro! —dijo Daniel extrañado.

—Ssshh, que se enteran los vecinos —dijo Claudia—. Pues lo haré yo sola si no me ayudas.

—Vale, te ayudaré —respondió Daniel.

Lo llevaron a un veterinario muy loco que se llamaba Andrés. Era amigo de sus padres. Cada vez que le ponía la vacuna, se

quedaba solo con él, ellos veían que le hablaba y Yeti con sus ladridos le respondía. Daniel le dijo a Claudia que él seguro que les ayudaba. Al principio pensó que lo habían descubierto, él tenía una forma de enseñar a los perros a hablar pero nadie lo sabía. Yeti era muy listo y pronto aprendería a hablar.

Todos los días, al salir de clase y después de hacer los deberes, lo llevaban un rato con Andrés. Él cerraba su puerta y no dejaba entrar a nadie, ni a ellos.

Un día, les dijo que había construido una máquina que viajaba al futuro, un futuro muy bonito donde los perros hablaban y eran felices, pero ellos hablaban solo con los animales, nunca con los humanos. Allí había pensado meter a Yeti. Al principio, a ellos les dio miedo, así que los dos le dijeron al veterinario que querían ir con él.

La máquina era algo pequeña, tanto que los tres cabían muy justos, pero apretados un poco se metieron. Una vez dentro tenían que darle a un botón rojo, y al darle al botón empezó a moverse, dando muchas vueltas. Por arte de magia la máquina paró, y al abrir la puerta de la maquina aparecieron en un lugar lleno de perros de todos los colores, grandes, pequeños, unos hablaban, otros reían, otros saltaban...

Yeti fue el primero en salir, y vio a un perro salchicha al que se acercó y le preguntó que dónde estaba y qué lugar era ese tan especial y que del sitio del que venían no había un sitio así. Él le dijo que estaban en el cole de los perros, pero al ver que había personas, se enfadó mucho. Yeti le dijo que eran sus dueños, y el perro salchicha comenzó a ladrar muy enfadado.

—¡GUAUU, GUAAAAU, GUAAAAAAU...!

Ante esto, Claudia y Daniel regresaron a su mundo y decidieron no volver, pero llevaban a Yeti casi todos los días a casa de Andrés para que por unas horas se fuera al futuro y disfrutara con los perros del futuro.

Yeti, cada día, cuando lo recogían, llegaba muy contento del futuro porque allí todos eran muy amables.

Lo que más le gustaba era ir al colegio, porque el perro pastor Golum le enseñaba las vocales, y el perro salchicha que se llama Rita le enseñaba las consonantes. Como en el futuro solo podía quedarse un rato, no les daba mucho tiempo a enseñarle las frases, así que Andrés, que era muy listo y conocía muchas cosas del futuro, les dijo a sus dueños que si le hablaban mucho al final hablaría, pues en el futuro los perros hablaban.

Claudia le ponía canciones para que Yeti aprendiera más rápido y bailaba con él todos los días. Daniel se lo llevaba al parque para que hiciera ejercicio y disfrutara de la naturaleza y de los juegos.

Después de cinco años insistentemente, Yeti pudo hablar.

Los vecinos se enteraron de lo sucedido y decidieron que esa maravillosa noticia se la tenían que decir a los científicos, pero, claro, estos no los creyeron, así que cuando Yeti habló otra vez, los vecinos lo grabaron en una grabadora como prueba para enseñárselo a los científicos. Esto es lo que grabaron:

—LahoRalau y Eldani moco istaes.

(Esto era en un código especial que le explicaron a los científicos y que decía así: «Hola Laura y Daniel: ¿Cómo estáis?»).

Los científicos se quedaron boquiabiertos al oírlo.

Los científicos pensaron que tenían que coger a ese perro para estudiarlo y ver cómo había aprendido a hablar.

Cuando estos se lo comunicaron a Claudia y a Daniel, llegaron a un trato con los científicos: dejarían a la gente muy lista investigaran a Yeti, pero con una condición, que era que solo lo podían tener un rato pequeño, ya que el perro tenía que seguir aprendiendo y viajando con la máquina del tiempo hacia el futuro.

CATEGORÍA B

(De 10 a 13 años)

En el futuro...



Ilustración: Laura Cerdán Sandoval

GANADOR CATEGORÍA B

En el futuro...

Martina Dumas González-Izcaray

Aula Hospitalaria CPEE Hospital Niño Jesús de Madrid

CAPÍTULO 1

¡Bienvenidos al 3034!

Hola, me llamo Xiaoy, tengo once años. Tengo veintitrés hermanos pequeños y doce hermanas mayores ¡Qué divertido, ¿verdad?! Mi padre es un gran científico y ahora mismo está investigando para descubrir cómo se consiguen los superpoderes, ¿a qué suena muy interesante?

Veras, yo desde pequeño siempre he querido tener superpoderes, como los de los superhéroes que leo en mi ciberlibro. Tengo un ciberlibro en el que puedo leer de todo, sabe lo que me apetece leer en cada momento y siempre encuentra entre todas las librerías de las galaxias lo que más me gusta y conviene leer en ese momento; es impresionante.

Después de que mis veintitrés hermanos nacieran, mi madre cayó enferma por el contagio de un virus poco conocido que le contagió un alienígena de otra galaxia que quería llevársela a su planeta. Aunque casi conseguí vencer al atacante, no tuve éxi-

to del todo porque no consiguió secuestrarla, pero si le lanzó el virus que la hizo enfermar. «Tendría que haber tenido superpoderes», me dije a mi mismo, «así nada la habría sucedido». Los medicientíficos decidieron que lo mejor era congelarla hasta que la cibermedicina encontrase la fórmula que la pudiese salvar, y eso, afortunadamente para nosotros, estaba previsto que sucedería en muy pocos años.

Prometí que lo que sucedió a mi madre nunca más nos volvería a pasar y fue desde entonces cuando quise tener superpoderes. Por eso, mi padre, el científico Scaynet, me ayudaría a conseguirlo.

Una mañana fui a la ciescuela, la escuela para científicos, en mi volatín –patín que vuela– y aprendí sobre la evolución de los superpoderes. Cada diez niveles, los poderes de los superhéroes evolucionan y se hacen más fuertes, algunas veces hasta puedes ganar otro poder. ¡Ahora quería tener aún más poderes!

Cuando volví a nuestra nave espacial (no vivimos en casas como hace mil años), mi padre gritó:

–¡Lo hice! ¡Lo hice!... ¿Xiao? ¿Eres tú? Lo conseguí, hijo. He inventado un poder llamado ‘volar’ y ‘tele transporte’ y otro ‘pistola de agua’. Ahora, descansa y mañana, después de ir a la ciescuela, te transformaré. ¡Todavía no me lo creo!

–¡Yupi! Papi, ¡lo conseguiste! ¡Yuju! –grité.

Corrí a mi habitación y me lancé en mi cama. Tenía que dormirme lo antes posible para ir pronto a la ‘escuela’ y luego... ¡Convertirme en un superhéroe!

Esa noche, tuve un sueño extraordinario, y era que me convertía en un superhéroe llamado Splash Divey. Mi madre, Vihima,

apareció durante mi sueño y me dio un abrazo enorme. ¡La había salvado! Mi madre me dijo que estaba siempre viva, solo que esperando hasta que decidiera tener poderes y convertirme en un superhéroe. Se puso a llorar de alegría y se acabó el sueño.

Qué extraño... Pero, yo me voy a la escuela.

CAPÍTULO 2

Convirtiéndome en superhéroe

Hoy me llevó papi en su futuroche. Futu (nuestro chófer, perro hablador) me dijo que tener poderes es muy importante y me felicitó.

En clase de lengua aprendimos sobre las características de los superhéroes. Cuando oyeron que me iba a convertir en uno, todos me felicitaron. Los superhéroes ayudan a gente y salvan ciudades. Pero lo primero que voy a hacer cuando papi me transforme en superhéroe es salvar a mi madre.

Llegamos a casa y Scaynet me llevó a su laboratorio. Me metí en una capsula y papi la encendió:

—Cierra los ojos, hijo —dijo.

Cerré los ojos y... de repente el sueño que tuve ayer se repitió. ¡Qué extraño...!

Sentí un cosquilleo raro y fuerte. Unas manos de metal me masajearon la espalda y me tiraron del pelo y, al final, me tiraron un cubo de agua helada.

Cuando me desperté, papá había desaparecido y yo todavía estaba dentro de la capsula.

—¡PAPÁ! ¿¡ESTARÉ BIEN SI SALGO DE ESTA CAPSULA TAN INCOMODA!? —grité.

Oí una voz bajita diciendo:

—Sí... Hijo... Sí...

No sabía si era mi padre quien hablaba, pero me había llamado 'hijo', entonces... Salí de la cápsula y me miré en mi ciberespejo. Tenía unos guantes azules, una capa azul zafiro y un mono rojo... Era ¡SPLASH DIVE! ¡El de mi sueño!

CAPÍTULO 3

Salvando a mamá

Nunca pensé que mi sueño podría hacerse realidad. Pero sí, soy un superhéroe. Splash Dive... Me encanta...

¡Mamá! Me acordé de mi madre. Tenía que ir al ciberhospital directamente. «Cómo funcionaría esto... Creo que esto va aquí... ¡Ya está!». Abrí la ventana del laboratorio y ajusté mi capa. ¡Zoom! Fui volando debajo de las nubes y en treinta segundos (más o menos) llegué al ciberhospital.

Todavía no habían creado la medicina para curar a mi madre, iba a salvarla yo. Fui a la habitación en que habían puesto a mi madre y cogí unas tijeras, unos auriculares (ni idea por qué), un cubo y me preparé mi poder. Llené el cubo de agua ardiendo y quemé las tijeras, las puse en el cubo y ¡estaba hirviendo! Me puse los auriculares y puse mi canción favorita: *Todo es fabuloso*.

Le eché el cubo de agua, y el hielo se derritió. Puse en función mi mejor poder: «¡Limpia, todo a la normalidad!». Un rayo de

poder cayó sobre el pecho de mi madre y se despertó. La abracé muchísimo y ella me abrazó a mí:

—¡Hijo! ¡Me salvaste! Óscar, el extraterrestre, me llevo a su planeta, Zafir, y se enamoró de mí. Yo me tuve que ir y me contagió un virus grave por rechazarlo.

Óscar... El alienígena idiota... ¿Enamorado de mi madre?!

Mis treinta y cinco hermanos y hermanas vinieron directamente y mi padre también. *Group Hug*, en inglés.

Y fuimos felices y comimos ciberperdices.

Una mañana en el futuro



Ilustración: Jonás García y Jesús García

Una mañana en el futuro

Víctor Rodríguez San Miguel

Aula Hospitalaria del Hospital Río Hortega de Valladolid

Me despierto y veo que frente a mí (hay un monstruo verde que le sale humo por las orejas) está mi madre que me dice que me levante para ir a la escuela interplanetaria como todas las mañanas.

Me pongo de pie y la cama se hace automáticamente en un abrir y cerrar de ojos. Me dirijo hasta el armario, pongo mi mano sobre el detector dactilar y me dice con una voz áspera, aunque a la vez divertida:

—Hola Dekro, ¿qué vestimenta elegirás para hoy?

—Chándal normal Gladis, hoy tenemos gimnasia Noxiana.

—Entendido, activando transformación física...

Y, al igual que la cama, en un microsegundo estaba vestido con una camiseta y un pantalón cómodos de marca Nikedidas rojos. Salgo de la habitación, pulso un botón al lado de la puerta y me teletransporto a la cocina, donde se encuentra mi padre sujetando con una mano un complejo de proteínas y grasas y en la otra cinco galletas María (las cosas no han cambiado tanto en dos siglos).

Me dirijo a la puerta de mi casa, me pongo los zapatos y piso una trampilla donde pone: «Escuela interplanetaria». Parpadeo tres veces y estoy al lado de mi mejor amigo Ivern, que es un chico del planeta de Demacia, enfrente de la puerta del colegio.

Entramos a la escuela y aparecemos en nuestra clase, sentados uno al lado de otro, esperando a que llegue la profesora.

Esta es la rutina de Dekro, un chico de once años que vive en Marte en el año 2216.

El futuro...



Ilustración: Sioni López

El futuro...

Raquel López Hidalgo

Aula Hospitalaria del Hospital Universitario de Fuenlabrada

Hoy en día no sois muy sanos, pero yo vengo de 2117.

Aquí han pasado cien y os quiero contar cómo son aquí mismo, en el hospital, las cosas. Pero no se lo digáis a nadie, ¡jeehh!, no me vayan a regañar.

¡Venga, al turrón!

Voy a empezar por los hospitales que, claro, son lo más importante por el cuidado de la salud.

Todos los hospitales tienen como una incubadora, es para bacterias, virus y todo lo que nos hace enfermar. En ella se quedan encerrados, así que no puedan contagiar a nadie, con una especie de tubo que enganchan a un agujero que tiene la incubadora, y aspiran todos los gérmenes. El tiempo de ingreso en el hospital, como máximo, puede durar ocho horas. Todo es más fácil, más rápido y eficaz, así que nos ponemos buenos enseguida y podemos jugar, dormir, salir de paseo... O sea, vivir con normalidad.

Ahora la comida es a domicilio... y llega tele transportada. Y diréis: «¿Y nadie trabaja?» ¡Sííí! Trabajan tele transportando comida a través de un ordenador. Se cobra un millón de euros a la

semana. Y el dinero es de un material parecido al plástico. Así, aunque te lo dejes en los bolsillos del pantalón cuando se lave, el dinero no se estropea. Otros cambios importantes son que no hay contaminación, pues los coches, por ejemplo, funcionan con energías renovables. En fin, que vivimos en un mundo mejor que os recomiendo visitéis en esta página web y veáis cómo se puede llegar a él si empezáis a colaborar entre todos.

www.mejorimposible.org.com

Los inventos de Cloe



Ilustración: Lucía Álvarez

Los inventos de Cloe

Noelia El Baghdadi Ciziunaite

Equipo Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia

Aula Hospitalaria del HGU Santa Lucía de Cartagena

Una vez, a una chica que se llamaba Cloe (ella de mayor quería ser diseñadora de zapatos, le encantaba la moda e inventar cosas) se le ocurrió inventar unos zapatos que pudieran hacernos volar. Lo comentó a sus padres y a su hermano Jack.

Él pensaba que iba a ser una tontería, que su hermana no iba a poder inventar unos zapatos voladores. En cambio, Alicia, que era la hermana pequeña, estaba muy segura de que su hermana sí iba a ser capaz, porque era creativa y con mucho talento futurista.

Cloe quería inventar los zapatos. Fue probando y probando hasta que se imaginó como iban a ser. Fue diseñando los planos en la impresora 3D, pensando y teniendo imaginación de las cosas que iba a usar.

Al día siguiente vino su mejor amiga, que se llamaba Itxaso, y le dijo que iba a inventar unos zapatos voladores. Itxaso le dijo:

–Cuando los inventes, quiero ser la primera persona que los pruebe.

Y Cloe dijo:

—Por supuesto que vas a ser la primera persona que los pruebe.

Itxaso le preguntó a su madre si se podía quedar en casa de Cloe a dormir, y la madre le dijo que sí. Cloe se lo preguntó a su madre, y también le dijo que sí, que se podía quedar Itxaso, e hicieron una fiesta pijama. Cloe le enseñó los diseños de cómo hacer el zapato y estuvieron ultimando diseños.

Empezó a inventar los zapatos, compró unos zapatos normales, ordenó sus diseños, los fabricó y consiguió hacerlos, pero cuando Itxaso se los probó no funcionaban. Lo intentó otra vez, pero tampoco funcionó, porque cuando Itxaso se los probó, salió volando para atrás y por poco se cae, y Cloe se estaba riendo a carcajadas, y lo probaron hacer más de siete veces y a la octava vez le salió, y cuando Itxaso se los probó, empezó a andar y Cloe se alegró mucho y se los enseñó a sus padres y a su hermano, y su hermano se quedó fascinado y la hermana pequeña, Alicia, le dijo a su hermano Jack:

—Ves, te lo dije, que Cloe iba a poder crear los zapatos voladores.

Los padres se quedaron encantados también. Cloe empezó a ir inventando más y cada vez más zapatos voladores, y fue inventando de todo tipo de zapatos, tacones, deportivas, bailarinas... Empezó a venderlos, y los padres, e hicieron una tienda de zapatos voladores.

Y a Cloe se le ocurrió inventar camisetas y pantalones con luces, y los padres le regalaron un estudio donde podría hacer sus inventos, y Cloe se lo agradeció mucho a sus padres por toda la confianza que le habían dado.

El caramelo recordatorio



Ilustración: Francesca Cristina Ureña

El caramelo recordatorio

Cloe León Álvarez

Aula Hospitalaria del Hospital Clínico Universitario de Valladolid

FUTURO, ¿qué es el futuro?

La pregunta que se hacen muchas personas sobre el futuro se refiere a lo que existirá o sucederá en un tiempo posterior al presente; pero, en realidad, el futuro cuando llegue será presente y cuando se vaya será ya un recuerdo en el olvido que no se repetirá más.

Esta misma pregunta se hacía con frecuencia un chico muy pícaro, con color de piel blanquecino y cabello pelirrojo y sedoso. Estaba en la escuela, en su pupitre encerrado y simulando el futuro, no paraba de pensar si en realidad existía.

Este chico se llamaba Saúl, era muy inquieto, pero en clase de álgebra era inevitable que no dejara de dar vueltas a sus pensamientos sobre el futuro.

El timbre sonó. Había terminado la clase.

Saúl se fue corriendo a su casa, que no era muy grande, más bien tirando a pequeña, pero era donde Saúl vivía feliz con su padre, su madre y su hermano mayor.

Cuando Saúl llegó a casa le preguntó a su hermano mayor:

—¿Hay una manera de recordar las cosas sin esforzarte?

Su hermano soltó una carcajada y sin responderle salió de su habitación.

Saúl se quedó pensativo y se dijo a sí mismo: «¿En el futuro habrá una máquina de recordar?». No paraba de pensarlo.

Después de cavilar y cavilar, llegó a la conclusión de que era necesario inventar una máquina de recordar.

Se puso manos a la obra para crear lo que iba a ser un magnífico invento.

Después de muchos días de no pegar ojo, de darle vueltas y vueltas a diferentes ideas, se decidió: ¡Haría un caramelo recordatorio!

Eligió su caramelo preferido y después de un trabajo intenso, sin descanso apenas para dormir ni comer, lo consiguió.

En apariencia su aspecto era de un caramelo normal, pero tenía la característica de que al ser pasado por cualquier información escrita, esta se borraba al instante para ser absorbida por el caramelo. Cuando el caramelo se introducía en la boca, mientras lo estabas chupando, la información que contenía se transfería al cerebro. Parecía genial.

Saúl lo llevó a la escuela, lo probaron algunos compañeros y el caramelo recordatorio poco a poco se fue haciendo popular, muy popular.

La gente se volvía loca por el caramelo, era muy cómodo, pero ya no sabían pensar por sí solos.

Saúl estaba muy triste por haber provocado tal desastre. Se planteó deshacerse de su invento.

No se utilizó más y el caramelo especial fue cayendo en el olvido, como toda moda que llega y pronto se olvida.

Saúl obtuvo una gran lección: es mejor ceñirse al presente siendo persona que inventar un mundo ficticio de personas como máquinas.

Por tanto el futuro del caramelo recordatorio permanecerá en el olvido para siempre.

Mi vida en el futuro

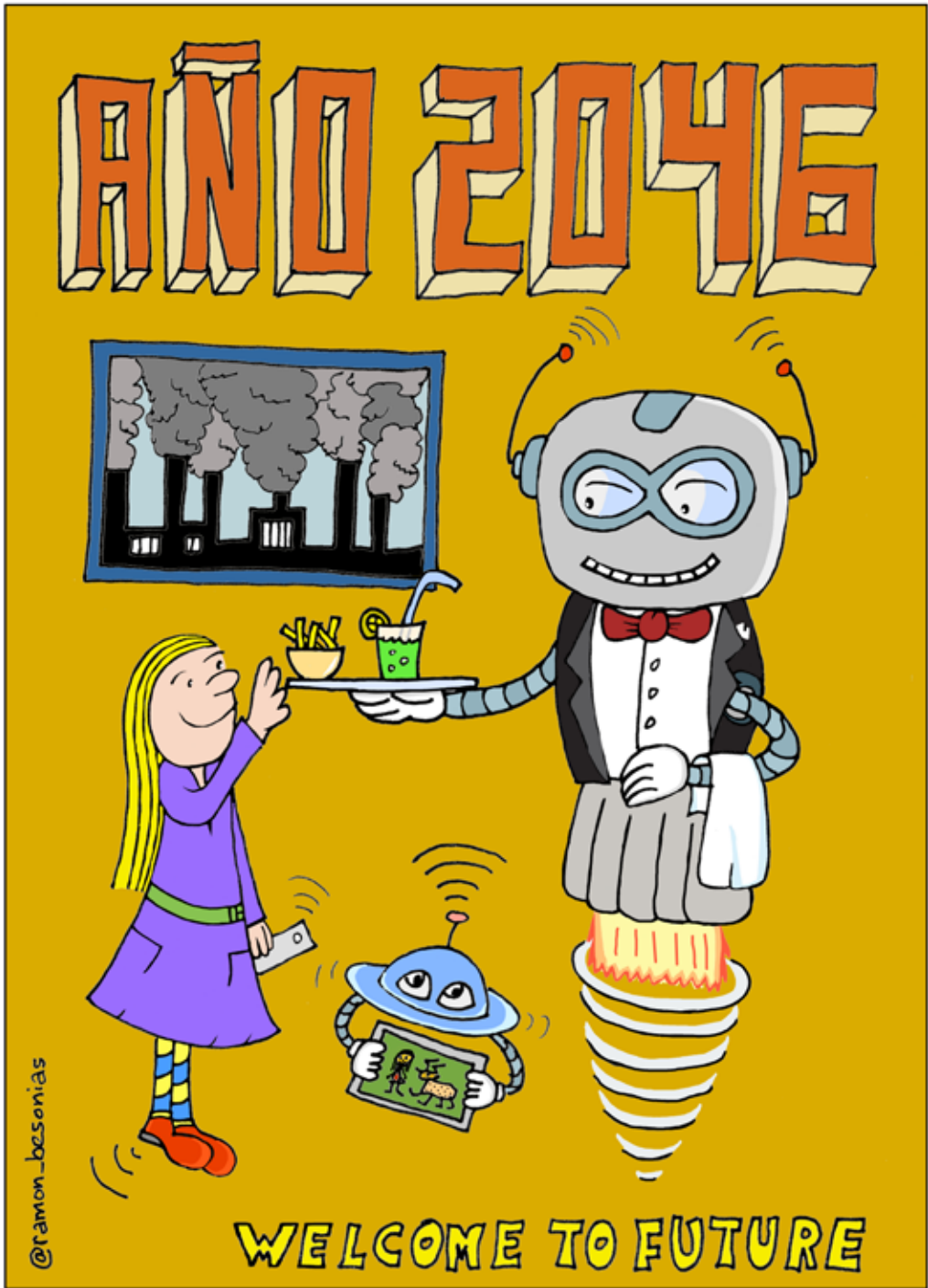


Ilustración: Ramón Besonías Román

Mi vida en el futuro

Ainhoa Sánchez Martínez

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de Albacete

Aula Hospitalaria del Hospital General Universitario

Hola, me voy a presentar. Mi nombre es Ainhoa, y escribo este relato para explicar mi vida dentro de treinta años. No parece mucho tiempo, pero en este transcurso pasarán muchísimas cosas. Empezaré contando, un poco, los grandes inventos de mi juventud y de mi vida de ahora.

Cuando era pequeña, aparecieron los primeros teléfonos móviles, no eran muy grandes pero servían para hablar con otra persona desde muy lejos en poco tiempo. Cuando tenía doce años (aproximadamente) empezaron a salir los Smartphone, unos móviles con pantalla táctil y con muchas aplicaciones que nos resultaron muy útiles: podías tener Internet en tu teléfono, juegos, música... Esto resultó una gran revolución con los móviles. Pronto estos dispositivos empezaron a manejar cosas de las viviendas, automóviles... Por ejemplo: poder manejar las luces de tu casa desde tu dispositivo móvil, tener wifi en tu coche... También aparecieron las televisiones planas (más grandes que las otras), y después crearon las teles curvas.

Todos estos inventos fueron grandes descubrimientos en su momento, muy útiles, pero no pensábamos que iban a apare-

cer cosas más impresionantes. En el año 2046, el año en el que estoy relatando esta historia, hay productos tecnológicos muy raros, que en su momento no causaron una gran expectación, pero en esta época están resultando muy útiles. Ahora todas las familias tienen una especie de robot que le ayudan con las tareas domésticas, que cuida a los niños pequeños... En los colegios ya no estudian con libros, tienen tablets u ordenadores con los que aprenden diversas cosas, lo que supone no llevar mochilas, no tener material escolar...

El mundo ha cambiado radicalmente a peor, debido a los gases de carbono y el efecto invernadero. Los Polos ya casi han desaparecido, ha subido el nivel del mar, y no menos importante, ya casi no llueve y hace mucho calor. Hay muchos problemas referidos al agua potable, debido al calor, los manantiales se están secando y no hay suficiente agua para todos. Están inventando varios líquidos capaces de sustituir el agua, pero no resultan eficaces, ya que tienen un sabor horrible.

La verdad que han inventado diversos objetos, no muy importantes, que tampoco explicaré, ya que hay cosas más importantes. Todos los países han restringido usar los coches, y la población no está muy contenta al respecto. Es verdad que hay automóviles que son eléctricos, pero no resultan muy eficaces, ya que la batería se gasta muy rápido y tarda mucho en recargarse.

Lo cierto es que si unos años atrás hubiésemos cuidado mejor el planeta, ahora no tendríamos que estar condenados a estos efectos que están sucediendo. Si pudiese viajar en el tiempo, volvería treinta años atrás y hablaría de todo esto. No sé si me harían caso, pero intentaría convencerlos para poder prevenir todo esto que está sucediendo ahora.

Espero que este relato os haga pensar en lo importante que es cuidar el planeta, pero también en diseñar o inventar objetos que nos solucionen este problema .Espero que el planeta no vaya a peor y sigamos creando más cosas útiles.

El capítulo siguiente

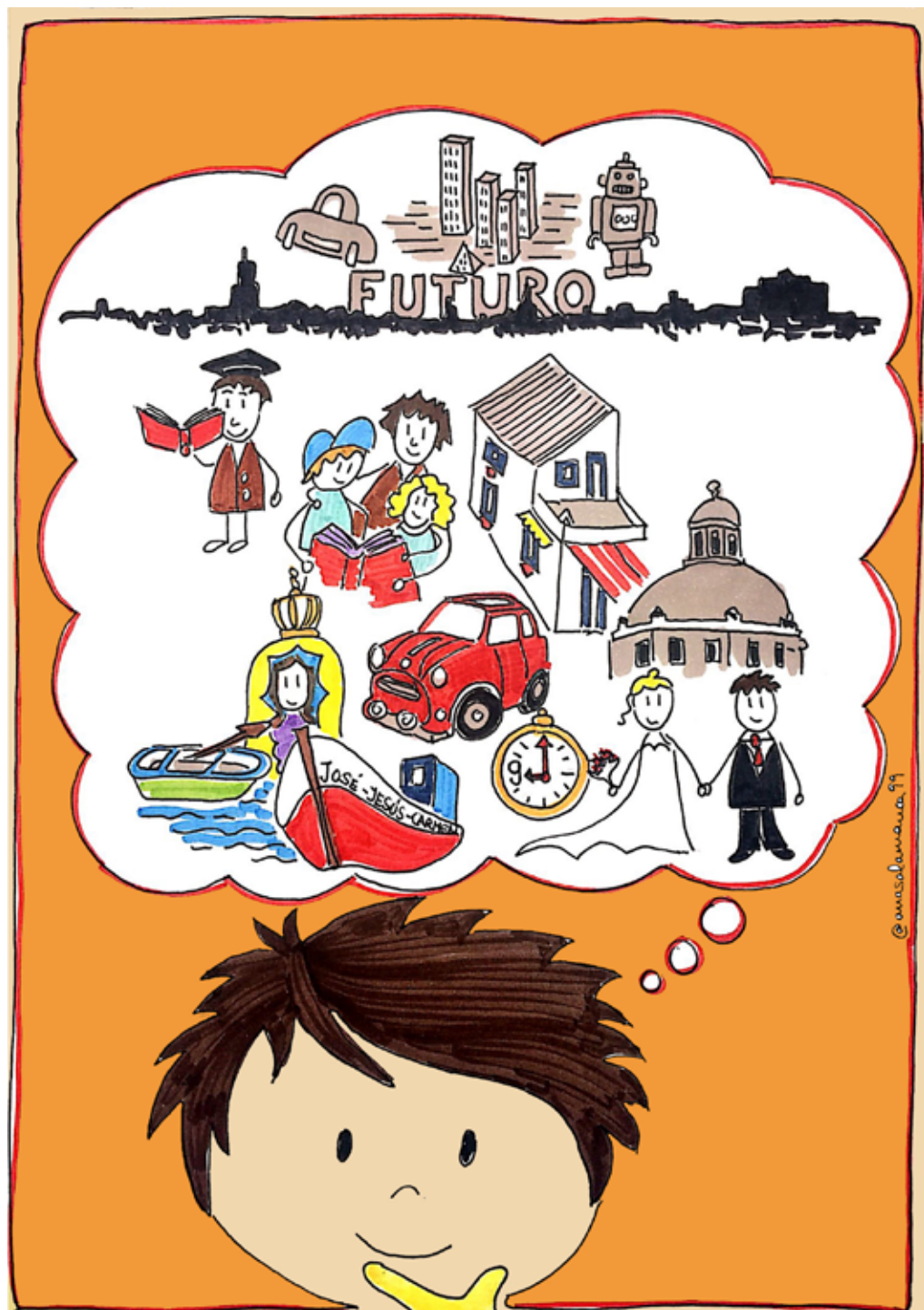


Ilustración: Ana Salamanca

El capítulo siguiente

Christian Jiménez Torrejón

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia

Aula Hospitalaria del HGU Morales Meseguer

No me imagino un futuro con coches que flotan, con los edificios y el suelo de acero y con robots andando por la calle. O, al menos, no en un futuro próximo, cuando yo sea mayor. Tal vez dentro de unos siglos. O tal vez no.

Me imagino mi futuro, pues... prácticamente con pocas diferencias al presente (2016), con las calles de asfalto negro, al igual que hoy. Los edificios de hormigón (eso sí, más refinado) y con coches normales, pero puede que eléctricos.

Pero yo quiero hablar de mi futuro, mi capítulo siguiente, la historia que tengo que vivir. Me imagino en mi tierra natal (San Lucas de Barrameda).

Puede que sea profesor de historia, es lo que me gustaría. Me veo formando una familia... pero dado los avances en tecnología... lo único seguro es el final.

Me veo viviendo en Cádiz, en la casa que me he criado. Me gustan los coches de la marca Mini, de color rojo... y me veo conduciendo uno de ellos.

Habré engordado, me veo recio, con pelo abundante... y negro como carbón.

He visto mi boda en la Iglesia de San Francisco, de San Lucas de Barrameda. Me gustaría que fuera el 10 de agosto... a las nueve de la noche. No me preguntes por qué.

Soy muy tradicional, y adivino mi familia con tres hijos (dos niños y una niña). Les pondré por nombres: José, Jesús y Carmen. Sé que estás pensando que es muy tradicional, pero a mí me encanta... y en ese futuro estará bien conservar las tradiciones.

Ya que soy de pueblo marinero, y me encanta la Semana Santa, sacaré a la Virgen del Carmen, que es mi reina y siempre lo será.

Es verdad que es futuro... y nada de esto es seguro. Solo una cosa tengo segura: haga lo que haga, o sea lo que sea, lo que quiero saber es aprovechar al máximo hasta el último segundo de esta preciosa vida.

La cura por amor



Ilustración: Clara Cordero

La cura por amor

Larissa Rodrigues Sil de Oliveira

Classe Hospitalar Tucua São Paulo. Brasil

Había una vez una niña de nueve años que tenía el sueño de tener un hermano. Un bebecito para cuidarlo y para jugar con él. Pero esta niña no sabía entonces que el bebé iba a ser esencial en su vida. No tenía ni idea de lo que le esperaba en el futuro.

Larissa era su nombre. Vivía tranquila con su madre y su padrastro. Ella lo había pasado muy mal con su padre biológico, pero ahora había encontrado la verdadera figura paterna en su padrastro y estaba deseando que la familia creciera. ¡Quería tener un hermano!

Su madre siempre le decía que no, que ya no era tiempo de tener más hijos... Pero Larissa pasó a hacer la misma petición a Dios, y como Él nunca falla para realizar las peticiones de los niños, ocurrió lo inesperado. ¡Su madre se quedó embarazada! Esta unión feliz entre su madre y su padrastro trajo lo que ella siempre estaba pidiendo: un hermano.

Larissa saltó de alegría cuando se enteró, hizo miles de planes, siguió de cerca y con curiosidad todo el embarazo de su madre. La niña iba a todas las consultas y exámenes; y uno de los mo-

mentos más esperados fue el día en el que a su madre le hicieron una ecografía: pudo ver a su hermano y escuchar los latidos de su corazón. ¡Qué emoción! Hasta lloró un poquito con su madre... ¡Estaba encantada!

Larissa contaba los días que quedaban para el nacimiento de su hermano, que estaba programado. Llegado el día, estaba muy ansiosa, no quería fotos ni vídeos; quería verlo en persona y tener esa experiencia única de cogerlo en sus brazos recién nacido. Se estaba haciendo realidad su gran deseo: su hermano estaba a punto de nacer. Iba a llegar al mundo su gran amor, su gran ilusión...

Su hermano nació. ¡Qué lindo milagro! Le pusieron de nombre Nuir. Era precioso... Ella se sentía la niña más feliz de todo el mundo. Después de una noche de insomnio, en medio de mucha ansiedad, llegó el gran día. ¡Ella iba a ver a su hermano!

Cuando Larissa entró en la habitación del hospital, no pudo contenerse por la excitación. Había nacido un niño y una gran historia de amor. Tenían por delante la complicidad, la atención, los juegos y, sobre todo, un gran milagro que esta familia nunca se hubiera imaginado tener que vivir.

En casa, todo el cuidado y la atención eran para el pequeño.

La niña Larissa vivía feliz por ello, cuidando al bebé, cambiándole los pañales, tataréandole canciones, acunándolo... Habían pasado cinco meses del nacimiento de su hermano cuando Larissa comenzó a sentir algunos malestares: dolor intenso en la espalda, debilidad, falta de apetito, desgana, contusiones en todo el cuerpo y una fiebre que no se detenía. Empezaron las consultas médicas, los análisis y pruebas... Y después de tres errores médicos, Larissa tuvo la peor noticia de su vida: tenía leucemia. La niña tan hermosa, la que tenía tanta ilusión por tener un herma-

nito al que cuidar, había sido diagnosticada de leucemia. ¡Cuánta tristeza al saber las causas de sus males!

Su primera estancia en el hospital fue de nueve días. Y eso le dolía más que saber lo que tenía. Lo que más daño le hacía no era el dolor físico, ni las sesiones de quimioterapia, ni el malestar general, ni las preguntas y las respuestas... Lo que más la hacía sufrir era el anhelo de su hermano. ¡No podía estar con él! Luego vino otro hospital... y otro... y otro...

Larissa estaba tan enferma, tan enferma, y con tantos problemas, que al final no caminaba, se hacía sus necesidades en el pañal, respiraba oxígeno, dependía de su madre para todo, entraba y salía de la UCI. Sus doctores no sabían si operarla del corazón y de los pulmones... Cada día luchaba por su vida, pero los recuerdos y el deseo de estar con su hermano le generaban demasiada tristeza. Y, en medio de tantos problemas médicos, ella comenzó a renunciar a todo, estaba muy triste.

Hasta con la sedación que le aplicaron pronunciaba el nombre de su hermano, Nuir, Nuir... Y en sus ojos cerrados aparecían lágrimas... Ella quería ver su hermano, estar con él.

Los médicos no dejaban que un bebé fuera al hospital. Pero un día su madre consiguió que una enfermera lo dejara venir. Sería una sorpresa. Larissa no sabía nada.

Fue entonces cuando, un par de horas más tarde, su padrastro llegó con el bebé en su regazo. Su madre colocó a la niña en una silla de ruedas y la enfermera la llevó a un área permitida, donde la esperaban.

Cuando la niña vio a su hermano, la felicidad se percibió a través de las lágrimas: Niur se arrojó contento sobre el cuello frágil,

débil y extremadamente delgado de ella. Él era todo sonrisas, y ella sonrió y lloró de emoción.

Fueron diez minutos; los diez minutos que llevaron a esa pequeña niña semimuerta de vuelta a la vida.

Ese día ella había salido de la UCI, y no tenía ninguna previsión de alta médica; pero después de la visita de su pequeño milagro, se mejoró tanto y tan rápido que tres días más tarde estaba en su casa, después de veintidós días hospitalizada. Larissa tuvo otros ingresos, otros problemas, pero a partir de aquel encuentro con su hermano entendió que tenía la necesidad de luchar contra todo lo que viniese para volver más rápido a casa y cuidar de su pequeño. Las fuerzas de su cuerpo tardaron un poco en regresar y todavía tenía un poco de tristeza porque no era capaz de cuidar de él como antes. Pero poco a poco la fuerza le iba a volver y podría disfrutar de cada minuto de su día con él cuando no estuviera en el hospital.

Hoy, Larissa ya puede tener a su hermano en sus brazos, darle de comer y jugar con él. Es su pasatiempo favorito.

La niña Larissa siempre le dice a todos que Dios le envió a su hermano para salvarla, que si no fuera por el *Nuirzinho*, ella no habría soportado la enfermedad, no estaría viva para contar esta historia.

Esta historia es real y muestra que el amor es capaz de curar; sí, sobre todo el amor de una niña y un bebé. Larissa superó todos los límites de la medicina y demostró que la curación a través del amor es posible.

CATEGORÍA C

(De 14 a 17 años)

Sonrisas de Magdalena



Ilustración: Luz Beloso

GANADOR CATEGORÍA C

Sonrisas de Magdalena

Cecilia Mansilla Sánchez

Equipo Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de Albacete

Aula Hospitalaria del Complejo Hospitalario Ntra. Sra. del Perpetuo Socorro

Hola. Me llamo Magdalena. Sí, Magdalena. Ya sé que es nombre de mujer, pero los humanos son así de originales. Tienen que copiarme el nombre para dárselo a uno de ellos. Bueno, de ellas, en mi caso.

Me presentaré más adecuadamente. Soy morena, de un color tostado muy apetecible. La verdad es que siempre llevo la misma ropa: un molde blanco como el papel, porque, de hecho, es un papel. Pero no me quejo. Podría no llevar ropa, como muchos de mis amigos. Ensaimada, por ejemplo, va completamente desnuda. Y luego está el grupito de las Galletas, que no pueden salir de su caja. María me ha contado lo mal que se pasa ahí dentro, pues un día se volcó su caja y cayó a mi lado. Las demás volvieron dentro, pero ella consiguió escaparse y ahora somos muy buenas amigas.

Creo, de todas maneras, que el que seamos tan amigas tiene que ver con que llevamos ya una eternidad juntas. Tal vez ya haya pasado una semana desde que entré en este armario de la pequeña cocinilla que vi desde la bolsa en la que me trasladaron.

Pensaba que pronto saldría de este hueco, pero lo que yo creía que iba a ser mi futuro, de momento, no está ocurriendo. Parece como si apenas hubieran pasado unos minutos desde que seguía estando en el escaparate de mi panadería. Recuerdo ver a las niñas que pasaban por la calle asomarse al cristal y pedirles a sus madres, casi rogándoles, que nos compraran. Y el cosquilleo que sentía cuando estas accedían y madre e hija entraban a elegir a una de mis compañeras. Estaba deseando que llegase mi turno. Estaba deseando ver qué ocurriría después, esperanzada ante la idea de qué familia me elegiría y qué futuro me correspondería...

Por suerte, tengo a María, que también se siente algo abandonada en esta oscuridad. Nuestras conversaciones suelen basarse en divagar acerca de lo que nos ocurrirá cuando salgamos, pero parece que la cosa está haciéndose muy larga. De vez en cuando, se oyen gritos que vienen de fuera, o se abre nuestro armario y sacan a alguno de nuestros compañeros.

Desde que estoy aquí, he descubierto a las personas con las que conviviré cuando salga de aquí. La primera que abrió la puerta, ante la expectación de todos nosotros, fue una mujer entrada en los cuarenta, con expresión agradable, aunque con un ceño fruncido que parecía haberse asentado en su frente tan fuerte como una planta a la tierra. Era bastante guapa, o eso me pareció, y con un pelo cortito y moreno muy gracioso. La segunda que entró (y la última, porque yo juraría que solo viven madre e hija en esta casa), fue una jovencita con la cara blanca y algunas pecas, bastante delgadita, con la mirada cansada y los ojos... esos ojos son una cuestión que nos hemos planteado María, Ensaimada y yo unas cuantas veces. No comprendemos qué ocurre detrás de esa mirada. María solía decir que «seguro que había cortado

con su novio y era el amor de su vida, y no deberían haberlo dejado...», y se monta ella sola una película amorosa. Ensamada cree que es «porque su madre es una pesada y seguro que no le deja salir con sus amigas». Yo, sin embargo... creo que es algo más. La cara que pone al vernos, a cualquiera de las tres, me inspira tal miedo... que a veces llego a pensar que tiene algo que ver conmigo. Nuestras miradas se han cruzado un par de veces y ella en seguida la ha retirado y ha cerrado el armario de un portazo.

Pero comprendí totalmente que ni María, ni Ensamada ni yo éramos bien recibidas por aquella chica cuando esta mañana había abierto el armariete y había colocado unas nuevas amigas. Se llamaban Rica Tosta, pero había un gran 'O' en la tapa que leí, era porque no tenían nada de azúcar. Todo aquello me olía algo raro y no era mi bizcochito, que ya se estaba quedando algo duro.

De pronto, se volvió a abrir la puerta y la joven chica cogió una galleta del nuevo grupo. Y rápidamente, después, abrió su madre de nuevo, roja como un tomate y moviendo las manos nerviosamente de un lado para otro. Parecía que estaba buscando algo que no conseguía encontrar, hasta que me miró. Yo la miré y comprendí que me buscaba a mí. Acercó su mano como un relámpago y me cogió con fuerza, con determinación.

No me lo podía creer. El futuro que tanto esperaba, que tanto desconocía, pero que a la vez me moría por descubrir, había llegado. Iba a dejar de ser la Magdalena de un armario, para dar un paso más. Salí de la oscuridad del mueble y la luz me cegó, hasta que, entre mis pequeñas migas, vi cómo me dirigían hasta una mesa. Abrí los ojos y delante tenía a la joven, con los ojos llorosos y la cara descompuesta.

—¡¡¡NO!!! —gritó como si la estuviesen matando.

Me costó comprender, y cuando lo hice, me hirió en lo más hondo que ese horror era por mí. ¿Por qué? ¿Qué le había hecho yo? No era esto lo que me esperaba... ni de lo que me habían hablado en el horno donde nací.

—Elena, por favor. Haz un esfuerzo. Yo sé que puedes —dijo con dulzura su madre, con un timbre de nerviosismo en la voz que ocultó muy bien con una pequeña tos.

Elena empezó a llorar con fuerza y a negar con la cabeza.

—No puedo, mamá. No puedo. Mira como estoy.

Se miró las piernas y volvió a ponerse a llorar. «¿Por qué?», es lo único que me preguntaba. «¿Por qué yo le hago estar así».

—Sí puedes. Venga, Elena. Estás demasiado delgada. Esta magdalena no te va a hacer nada.

Yo la miraba con esperanza. Mi futuro no podía ser este. Siempre me lo había imaginado lleno de alabanzas, con gente diciendo lo buena que estoy, lo bien que está hecho mi bizcocho, el buen sabor de mi esponjoso horneado. Pero... esta chica no lo aprecia. Esta chica piensa que le voy a hacer algo malo.

No. Me niego. No voy a dejar que piense eso. Soy esponjosa, tostadita por arriba, estoy rica; todo el mundo lo dice. ¿Por qué ella no?

La discusión entre madre e hija duró un poco más, pero solo conseguí sacar en claro que no me quería porque según ella, yo engordaba. ¿Engordaba? Tengo que sacarle la idea de la cabeza, mi futuro no se verá reducido a este llanto y a que me tiren a la basura.

Veo como la madre de la chica sale de la habitación y Elena se

me queda mirando con esa mirada que, ahora comprendo qué significado tenía: me tiene miedo. Yo la miro a su vez, pensando una solución. Ella se apoya en la mesa, hundiendo la cabeza entre sus brazos cruzados, y cierra los ojos. Entonces, sin pensarlo, digo:

—Me llamo Magdalena. ¿Qué te pasa?

Y lo que más me sorprende es que ella levanta la cabeza como movida por un resorte. Me ha oído.

—¿Quién eres? —dice, temblorosa.

—Soy yo. Magdalena. Te he visto llorar y me gustaría ayudarte.

Cruzo mis miguillas para que me escuche. Ella se agarra la cabeza con fuerza y empieza a susurrar: «Tranquila, tranquila. O estás hablando con la magdalena. No estás loca».

—Ey —la llamo—, no estás loca. Bueno... tal vez. Pero no por lo que tú piensas.

La chica siguió apretándose la cabeza cada vez con más fuerza, tanta que me asustó. Si yo hiciera eso, acabaría aplastada en un segundo.

—Te vas a hacer daño —siguió poniéndose cada vez más roja—. ¡Por las migas de mi abuelo! ¡No estás loca! Escúchame. Por favor.

Poco a poco, me pareció que Elena empezaba a relajar los hombros, a calmarse, y sus sollozos quedaron reducidos a unas últimas lágrimas que acabó sorbiéndose.

—Venga... tranquila —Por fin conseguí que me mirase.

—¿Por qué... por qué me hablas? Eres una magdalena —El timbre de su voz sonaba cerca de la locura.

—Sí, bueno, soy Magdalena, pero... no soy mala. No tienes que tener miedo. De mí, no.

—No te tengo miedo... Simplemente... Yo... No puedo... Comer-te... —Se le rompió la voz.

Yo quería consolarla, hacer que dejara de llorar.

—¿Por qué? No voy a hacerte nada. Te lo prometo.

—No es por ti. No eres tú. Es... Soy... Es que... —Su voz se trababa, mientras las lágrimas acudían de nuevo a sus ojos y estos se miraban fijamente las piernas—. No puedo engordar. Y tú me vas a hacer engordar mucho. Y... —De nuevo el llanto.

—Pero ¿cómo te voy a hacer engordar? Mírame. Y mírate. Estás muy delgadita. Y yo soy del tamaño de tu dedo del pie. ¿No crees que eso que dices que te engordaría, no se notaría nada?

—Da igual, yo no quiero comerte. No quiero. No puedo.

La chica no paraba de mover la cabeza de un lado a otro, y me di cuenta de que por ahí no iba bien. Así que se me ocurrió una idea. Podía hablarle de mi futuro, de a qué estoy destinada y de lo que me va a pasar si ella no me come.

La miré dispuesta a hablar, cuando algo en su rostro me hizo cambiar de opinión con respecto a mi idea. La vi tan pálida, tan perdida, tan triste que mi futuro me dejó de importar por un momento. Miré mi tostada masa y recordé lo contenta que la gente miraba a mis compañeras y a mí desde el escaparate de nuestra panadería. Y sus miradas no tenían nada que ver con la de la chica que tengo delante. A esa gente la oíamos hablar sobre sus planes, lo que iban a hacer o lo que habían hecho y recuerdo que Ferrero y yo nos entusiasmábamos al verlas. Qué diferente es Elena... ¡Tengo otra idea!

—¡Ey, Elena! Tranquila, ¿vale? Voy a contarte una cosa... solo te pido que me escuches hasta el final. Luego puedes hacer conmigo lo que quieras.

Yo nací en un pequeño horno, que fue durante algún tiempo el que me mantuvo calentita hasta que conseguí estar fuerte para salir de él. Unas nueve horas tal vez fueron las que estuve en su interior, hasta que por fin me sacaron y me llevaron a un cómodo molde que aún llevo para vestirme. Después de eso me colocaron en un escaparate con muchas más como yo y me dieron nombre y apellidos. Un cartelito blanco que ponía: MAGDALENA VEINTICINCO CÉNTIMOS.

Todos los que estaban a mí alrededor me hablaban de las grandes maravillas que nos ocurrirían al salir de ahí. Que nos compraríais vosotros, los humanos, y en vuestras casas viviríamos una nueva vida, transformándonos, a partir de que nos comieseis.

Después de eso, según me contó mi amiga Baguette, seríamos energía que ayudaría al humano que nos eligiese. Ese humano es el elegido de cada una para completar su pequeña vida antes de ser la energía que irá por vuestro interior. Nos convertiremos en vuestras fuerzas, en vuestra protección y en algo que a mí me llegó a lo más hondo: en vuestras sonrisas. Pero eso... solo pasa si nos coméis.

Tú eres mi elegida. Tú eres la persona a la que quiero ayudar, por la que quiero ser energía. Porque quiero que sonrías.

Hubo un largo silencio inundando la sala, muy tenso y, a la vez, calmado. Apacible. Y de nuevo tenso. Calma. Tensión. Calma. Tensión. Yo ya había dicho lo que me quedaba por decir. Ahora era ella la que elegía. Tanto su futuro como el mío.

Calma. Tensión. Calma. Tensión. Elena me miraba sin ver... y entonces me cogió. Me miró otra vez, pero seguía sin verme. Me acercó un poco a su cara, pero sin verme. Yo notaba que algo no iba bien, que ella no estaba eligiendo la opción que yo querría. Que mi historia no acabaría con un final feliz.

La joven se levantó, apretándome, pero con una suavidad que hizo que me estremeciera. Salió a paso rápido del cuarto y fue a la cocina. Me di cuenta de que su madre no estaba en casa. Elena abrió un armario y lo que vi me hizo ver la cruda realidad.

Era la basura. Y yo iba a acabar en ella. Elena no me había elegido. Ella no quería sonreír.

Vi como lentamente me acercaba al cubo y cerré los ojos con fuerza, asumiendo lo que me iba a suceder... Y, entonces, de pronto, tan rápido que no me di ni cuenta, Elena me acercó a su boca y, mirándome, por fin, me vio. Abrió la boca y entré en ella aún sin creérmelo.

Iba a ser energía. Elena, mi Elena, había elegido que yo fuese su energía. Pero, lo más importante, había elegido sonreír.

El día de mañana



Ana Fanjul
@garbiñe larralde

Ilustración: Garbiñe Larralde y Ana Fanjul

El día de mañana

Adriana Saiz Aguayo

Aula Hospitalaria del Hospital General Universitario Gregorio Marañón de Madrid

El día de mañana,
las cosas habrán cambiado,
la gente seguirá estudiando,
y la disminución de paro, mejorado.

El día será más brillante,
las noches más oscuras,
el cielo será más azul,
y nadie contaminará la cultura.

Habrá viviendas,
gente estudiando,
comercios abiertos,
personas trabajando.

Habrá médicos tratando,
enfermos sanando,
los locos estarán cuerdos,

y las cuerdas atando.
El aire será puro,
quererse será barato,
el odio durará un momento,
los celos durarán un rato.
Y es que el futuro es el futuro,
y aún no es cercano,
el futuro que yo imagino,
es el que muchos deseamos.
Solo sé paciente y recuerda,
todo cambia, todo pasa, y todo llega...



Ilustración: Juan Francisco Martínez Martínez

2067

Paula Sinaí Martínez Romero

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia

Aula Hospitalaria del Hospital General Universitario Reina Sofía

Hola amigos, soy una ancianita de setenta y cinco años y esta tarde lluviosa de otoño viene a mi cabeza el recuerdo de aquella chiquilla que fui con catorce años y de los relatos que escribía en mis largos ingresos hospitalarios por culpa de mi enfermedad crónica. Aún recuerdo aquel octubre en el que la maestra del hospital me pidió escribir un relato sobre el futuro. No me imaginé yo en ese momento las cosas que hoy les cuento a mis nietos:

—Con Whatsapp era mucho más bonito todo, os explicaré. Había más comunicación y, de hecho, si pulsabas una tecla podías grabarte hablando. Escuchabas la voz de la otra persona, conectabais más. No ahora tanto holograma, ni tanta cosa...

Mis nietos me dicen que estoy anticuada y yo sonrío, pero continúo hablando sobre lo que ha cambiado el mundo.

—En mis tiempos —les digo—, a tus amigos podías seguirles en Instagram y darle *like* a sus fotos. Podías grabar vídeos cortos y que todos lo viesen. Eso sí que era amistad, no ahora, comunicándoos con la telepatía esa que es un marrón.

—Pero abuela...

—¡Ni abuela ni nada! En 2016, cuando yo era joven, los ídolos de masas eran los *youtubers*. ¿Y ahora qué? Todos detrás de los imbéciles esos que disparan con los rayitos láser.

—Se llaman custodios, son guardianes intergalácticos...

—¿Te crees que soy tonta? ¡Eso ya lo sé! Solo digo que antes todo era mucho más civilizado. ¡Se comía con cubiertos! Ahora, todo este rollo de los atraedores magnéticoeléctricofrigorífico...

—Abuela, se llaman atraedores frigoríficos, y según lo que nos han explicado en el cole, son mucho más simples de utilizar que esos tenedores y cucharas que usabais hace sesenta años...

—Tú no prestas mucha atención en el colegio, ¿no? Se dice tenedores y cucharas. Y eran prácticos y fáciles, no como ahora, que hay que pulsar un botoncito, vete tú a saber de qué color lo han puesto este mes, y se supone que la comida sube por el tubito y llega hasta la boca... ¡por el amor de Sarak! Eso es una tontería, no funciona.

—No te funciona a ti porque lo pones al revés, abuela.

—¡Bah! No funciona porque no funciona, y ya está. Además, no os movéis nada, queréis que os lo den todo ya masticadito y en boca. ¡Pues no, así no se llega a ningún sitio!

Mis nietos resoplan, cansados, pero yo continuaré con mi charla.

—Ya se lo digo yo a vuestra madre, que os saque a dar una vuelta de vez en cuando, que os mováis, que andéis. Pero no, dice que tenéis la realidad virtual esa de las narices que os lleva a donde queráis. ¿Pero vosotros creéis que eso es normal?

—Sí, abuela. Con la realidad virtual no hace falta ni que nos levantemos del sofá y ya estamos en el sitio que deseamos.

—¡Eso no sirve! Tenéis que salir, que os dé el sol ese que tanto nos costó mantener a los de mi generación. ¡No revertimos el cambio climático para que ahora os quedéis aquí encerrados con esas gráficas de realidad virtual y os perdáis toda la belleza que aún guarda el mundo!

—Sí, abuela.

—Sí, abuela, sí, abuela —los imito con voz aguda—. ¿Por qué no vais a casa de Plack, ese amiguito vuestro tan simpático?

—Ehh, claro. Vamos a ponernos las gafas de realidad virtual y ahora...

—¿Qué? ¡No, no! Me refiero a que vayáis de verdad. Su casa solo está a dos calles de aquí, y os vendrá bien andar un poco, que se os van a quedar las piernas encogidas de tanto estar sentados.

—Pero...

—¡Nada de peros! Corred a su casa y jugad con las maquinitas esas o lo que queráis, pero id. Vamos.

—Cómo se nota que quieres perdernos de vista...

Yo los empujé suavemente hasta la puerta y sonreí, recordando tiempos pasados en los que creíamos que teníamos el más absoluto control tecnológico y no nos hacíamos una idea de lo que vendría años después.

Esta tarde plantaré una vieja semilla que aún conservo, echo de menos las macetas del patio de mi casa y el olor de las flores en primavera, ahora todo está en cápsulas, recubierto y las grandes reservas naturales no se pueden visitar, solo las podemos ver en hologramas, será mi pequeño homenaje desde el futuro a ese pasado del que tan buenos recuerdos tengo.

Diario de una joven perteneciente a una generación perdida

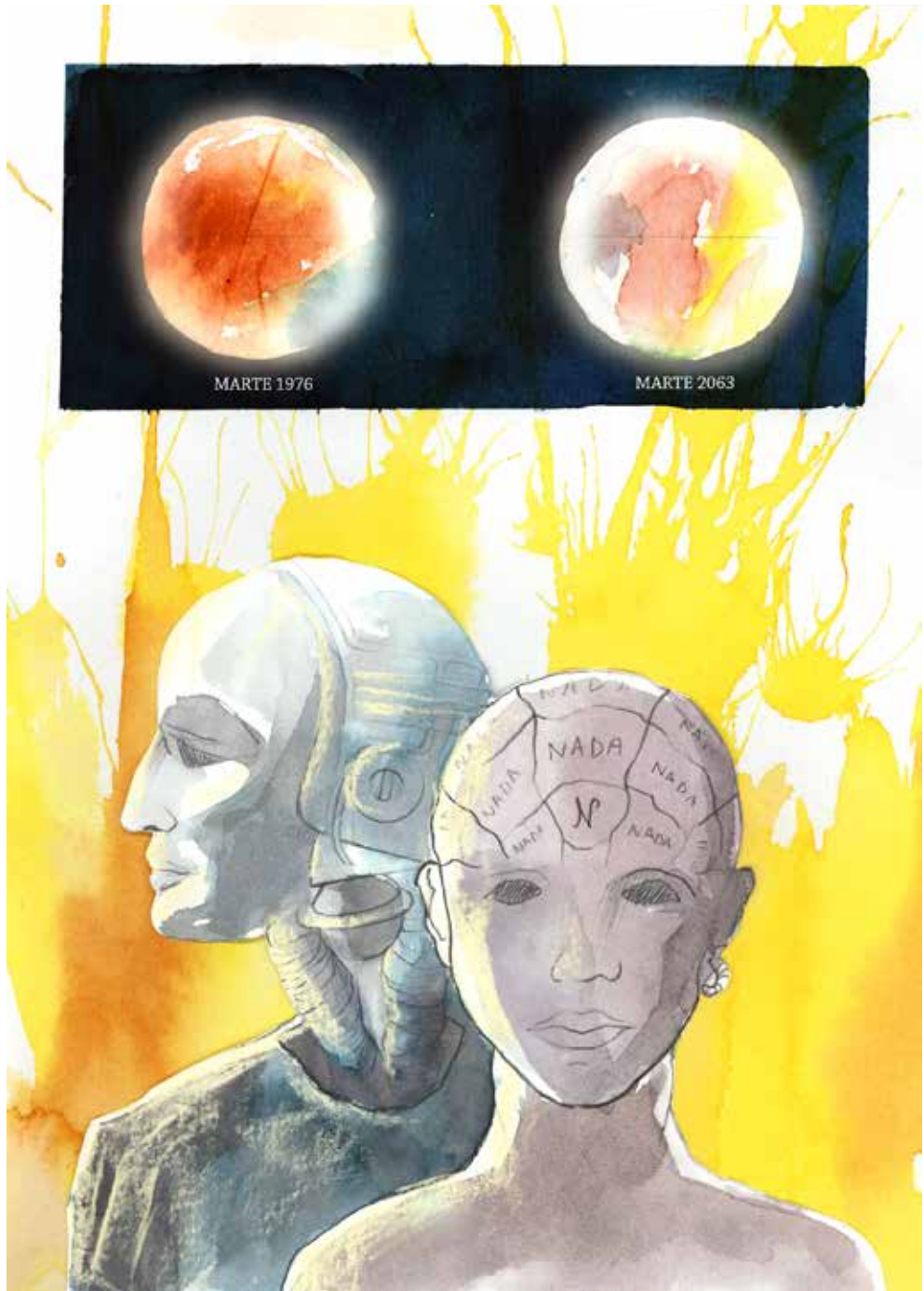


Ilustración: José Ventura Galván Cabrera

Diario de una joven perteneciente a una generación perdida

Marina Vélez Pérez

Aula Hospitalaria del Hospital Infanto-Juvenil de Valladolid

Quizá la tecnología haya avanzado demasiado en estos últimos años, quizá la ciencia haya descubierto cosas que jamás nadie tendría que haber desvelado, quizá nosotros, los humanos, nos hallamos olvidado de lo que realmente es vivir.

Mi abuela aún sigue recordando su infancia como una época de cambio, donde los móviles empezaron a tomar importancia, donde sus amigas, al igual que ella y toda la población del mundo, comenzaron a hacerse dependientes de un aparato electrónico y donde las cosas no eran ciertas si no las contabas o las compartías antes en tus redes sociales.

A mi me suena todo un poco extraño pero yo siempre la escucho atentamente intentando descubrir en qué momento cambió todo.

Cuenta mi abuelo que antes el dinero era finito y que cada uno disponía de una cantidad limitada.

¡Pero qué tontería! Pensé yo la primera vez que lo escuché, pudiendo tenerlo todo, ¿por qué iban a pasar necesidades? Desde

que cada uno tiene su propia maquina de hacer dinero ya no hay ni ricos ni pobres, todos somos iguales.

Cuenta mi madre que cuando ella nació todavía había gente que despachaba en los comercios. ¿Cómo podían vivir tan sobrecargados de trabajo? Pudiendo un robot hacer todo por nosotros.

Dice mi padre que cuando él era pequeño, de vacaciones se iban como muy lejos a América y que tenían que soportar varias horas de avión. ¿A América? Me sorprendí yo, ahora lo más cerca que vamos es a Marte y eso solo para ir de compras.

¿Y de horas? De horas nada, con el nuevo sistema de teletransporte basta con encontrar a alguien que esté justo donde tú quieres ir y que quiera ir justo donde tú estás y eso como mucho lleva un par de minutos, el intercambio a penas unos instantes.

Cuenta mi tío que antes tenían que estudiar varios idiomas ya que dependiendo de cada zona la gente hablaba uno distinto. ¡Qué tontería! Con lo fácil que resulta ahora hablar todos el mismo, el nuevo idioma universal.

La ciencia ha avanzado tanto que ahora nadie muere, nadie enferma, incluso nadie envejece, pero ¿y qué tiene esto de bonito? Parecemos clones perfectamente diseñados para ser idénticos. Podemos elegir el color de pelo, el rostro, el sexo e incluso el tono de piel de nuestros hijos y eso que decía mi tía que antes los hijos solían parecerse a los padres.

Cuentan las noticias que los robots están preparando una insurrección y que si los humanos seguimos tratándolos como simples esclavos las tornas podrían cambiarse. Desde que oí eso comencé a reflexionar todo lo que me decían mis abuelos, padres y tíos.

Nuestra actual vida es muy aburrida, millones de centros comerciales abarrotados cada día, millones de compras innecesarias y mucha desesperación. Actualmente, los humanos no tenemos nada que hacer, los robots trabajan por nosotros, nos limpian la casa e incluso cambian los pañales a nuestros hijos por lo que... ¿qué hacemos nosotros?

NADA, esa es la palabra que en pocos años describirá lo que queda del rastro de los humanos. Solo nosotros podremos evitarlo.

El futuro en un sueño



Ilustración: Eva Cortés

El futuro en un sueño

María López Soria

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia

Aula Hospitalaria del Hospital General Universitario Reina Sofía

Allí estaba yo tumbada, bastante aburrida, pues esas cuatro paredes eran desde hace semanas «mi hogar». Un hogar que a todos nos asusta, tengas la edad que tengas, pero si eres un niño pues asusta mucho más.

Parece algo tan circunstancial de la vida, pero yo intentaba ver esto como una aventura donde yo misma era la protagonista de esa película en la que la chica, no sabemos cómo, lucha sin parar, hasta que al final termina la película, sale ilesa sin apenas ningún rasguño y sin apenas haberse despeinado de esa increíble aventura.

Pues yo intentaba pensar y crearme que la protagonista de esta película era yo.

Como cada día, ya era una rutina levantarse a la misma hora, desayunar, comer, merendar y cenar a las mismas horas, y dormir. Afortunadamente, durmiendo era libre. Había soñado el mismo sueño miles de veces, soñaba que estaba en el futuro, un futuro más bonito, sin sufrimiento, un mundo lleno de alegría, y luego despertaba y encontraba que estaba en ese triste lugar,

estaba desde hace unas semanas allí, exactamente ochenta y seis interminables días.

Yo vivía en un hospital debido a una enfermedad, y mi mundo exterior lo veía a través de la ventana de mi habitación. Desde allí veo la gente pasear, cogiendo el bus, el taxi... cosas tan cotidianas, que desde aquí son envidiables.

Pero estaba contenta, pues era lunes y los lunes venía mi abuelo a contarme qué invento había hecho con cosas tan simple que teníamos por casa, empezaba a reciclarlas e inventaba toda clase de herramientas y objetos increíbles.

Mi abuelo se llamaba Tomás, y desde que murió mi abuela era mi mejor amigo, era mi confesor, sabía lo de mis sueños y siempre bromeábamos que inventaría una máquina del tiempo para viajar a mi futuro. Cómo sería el futuro, que comienza hoy, que empieza cada día.

Eran las cinco y como siempre allí estaba, fiel como cada lunes a la cita conmigo. Entró con una sonrisa de oreja a oreja, contándome que por fin después de tantos años lo había logrado, que ya estaba terminada y que tenía que ir a casa para verlo. Yo le miraba y veía como tenía sus ojos con un brillo que nunca le había visto.

—¿Qué es? —le pregunté.

Mi abuelo me miraba con esos ojos tan bonitos, que al mirarlos parecía que estabas mirando al mar, ese mar que yo también veía cada día gracias a esa aportación genética que había heredado de mi abuelo.

Mi abuelo me contesto:

—Dentro de dos días te dan un permiso para volver a casa, y te lo enseñaré.

Pronto terminó la visita y se tuvo que marchar. Yo estaba nerviosa, pues al día siguiente tenía una de las pruebas. Ya me la habían hecho alguna vez y no era muy divertida, la verdad.

A la mañana siguiente intentaba no pensar en la prueba, sino en la sorpresa de mi abuelo. Intentando tener los pensamientos en otro lado, acabaron con la dichosa prueba, me tumbé en la cama, pues estaba mareada, cerré los ojos para imaginarme que estaba en casa, en mi habitación, en mi cama, descansando de un día lleno de emociones, y me quedé dormida.

Por fin llegó el día de volver a casa para estar unos días. Al llegar te das cuenta de que han pasado muchos días, pero que todo estaba tal como lo dejé cuando me marché.

Entonces llegó mi abuelo, vivía tan solo a unos metros de mi casa. No habían pasado ni veinte minutos de estar en casa y me fui a casa de mi abuelo. Entré, y en medio del salón había una sábana que cubría un aparato lo suficientemente grande que incluso había desplazado la mesa y las sillas del salón. Dio una fuerte sacudida a la sábana y apareció una especie de coche, muy extraño la verdad, no sé muy bien lo que era. Se metió dentro y me invitó a hacer lo mismo.

—¿Qué es?

A lo que mi abuelo, de pelo como los copos de nieve y los ojos azules con el mar me contesto:

—He construido una máquina del tiempo, la hice para viajar contigo, pues en el futuro la medicina ha avanzado tanto que tu enfermedad allí es muy fácil de curar. Yo ya la probé, y funciona.

Pues yo ya he viajado hasta allí, y te están esperando para tu tratamiento y tu regreso a casa para siempre.

Y a todo esto contesté:

—A qué estamos esperando. ¡Vamos!

Empezó a tocar botones sin parar, yo tenía un poco de miedo, pero yo tenía plena confianza en mi abuelo. Cerré los ojos y escuché mucho ruido, un hormigueo muy extraño pero agradable y, de pronto, un golpe brusco, de pronto note un pequeño mareo y ya no me acuerdo de más.

Al abrir los ojos, vi la cara de mi abuelo nombrado mi nombre.

—Carol, ya hemos llegado.

Salimos de aquel aparato y nos dispusimos a salir a la calle. Al salir, los coches se suspendían en el aire y no tenían ruedas. Mi abuelo me comentó que ya los coches no eran como antes, la gasolina se había acabado, pues los pozos de petróleo se acabaron hace años, y los coches funcionaban con energía solar. Prácticamente no contaminaban y en nuestro país siempre había sol.

Nos dirigimos al hospital, estaba donde siempre, pero se le veía tan diferente. Al entrar, no daba la sensación de estar en un hospital, parecía un gran hotel, nadie llevaba bata blanca, cada uno la llevaba de un color diferente, era muy divertido y alegre.

Subimos por el ascensor, que era tan diferente. Dentro del ascensor había un panel y podías elegir por unos dibujos los diferentes paisajes que podías ver, nosotros elegimos África. Y te elevabas a la sexta planta, mirando como paseaban unas cebras, y te miraban y daba la sensación de estar en la sabana, así, de esta manera, era una forma de no pensar en el lugar donde estabas. Todo estaba lleno de pantallas, incluso podías leer un libro desde

unas gafas especiales. Era tan maravilloso, me parecía fascinante.

Llegamos a la planta, y allí me estaban esperando varios médicos. Mi abuelo les había explicado en su pasado viaje lo que me ocurría. Eran tres, dos hombres y una chica. Pasamos por pasillos, que parecían estar llenos de ventanas, que parecía que estabas en la calle, y no daba la sensación de estar encerrada.

Me hicieron toda clase de pruebas. De todas ellas, ninguna dolorosa. En la habitación había una enorme pantalla para poder conectarte con tu casa, cuando quisieras, puesto que a tu familia se la echa mucho de menos. Me explicaron que un paciente feliz, es un paciente que mejora pronto. Las analíticas eran muy sencillas. Venía la enfermera, te pedía que soplaras fuerte, notabas como la picadura de un mosquito y ya está.

Después de algunas pruebas médicas, el médico llegó a los pies de mi cama y me comentó que hoy mismo empezarían con el tratamiento, que era muy sencillo, y que ese tipo de enfermedad ya estaba prácticamente erradicado, y que en unos días, estaría en casa.

Después de pasar por infinidad de pruebas, días de hospitalización y días de soledad, por fin pronto estaría curada, era una felicidad absoluta... Estaba contenta de estar por unas horas en el futuro, la ciencia había evolucionado a pasos agigantados, estaba emocionada. Prácticamente las operaciones habían desaparecido, ya no hacían, porque no necesitaban hacer un corte para llegar a ver el mal de un paciente, solo pasarlo por unas máquinas muy sofisticadas. Nadie llevaba cicatriz de una operación quirúrgica. Las donaciones de órganos eran muy sencillas, y pasabas por las habitaciones y veías a los pacientes felices, y no llenos de tubos y familiares angustiados.

Pasé unos días en aquella planta de hospital, con un trato exquisito. Y valorando cada minuto que se dedicaba a los investigadores de enfermedades, pues de no ser por ellos, esto no sería lo mismo.

Llego el día de mi alta, mi abuelo me esperaba para llevarme de regreso a casa, estaba tan llena de vida, que cualquier cosa, por muy insignificante que pareciese, para mí era maravilloso.

Llegamos al lugar de la máquina del tiempo, volvimos a subir; mi abuelo con la sensación de haber logrado que mi futuro fuese más largo, yo con ganas de vivir cada día intensamente.

Para no olvidarme nunca de esta aventura compré de una pequeña tienda cerca del hospital una pequeña bola de nieve con un pequeño tren rojo en su interior. Pude ver cómo la gente hablaba con una pequeña pulsera y era su teléfono móvil, me parecía todo tan mágico, pero teníamos que regresar a la invención de mi querido abuelo, volví a oír los ruidos del artefacto y...

Me desperté en casa, en mi habitación. Las cortinas no estaban bien cerradas y los primeros rayos de sol entraban jugueteando por mi espalda hasta llegar a la zona de los ojos, y con mucha pereza de abrir los ojos para empezar un nuevo día.

De pronto pensé: «¿Ha sido un sueño? ¿De verdad he estado en el futuro? ¿Y me he curado?». Eran preguntas que bailaban por mi cabeza, hasta que decidí abrir los ojos y despertar. Estaba allí, en mi cama, pensando «¿Lo habré soñado?». Me levanté y vi la pequeña bola de nieve con el pequeño tren rojo en su interior. Bajé las escaleras y pregunté a mi madre:

—¿Ha venido el abuelo?

Ella se giró y me contestó:

—Se ha ido de viaje, te ha dejado una carta.

Abrí la carta y me explicaba que se había marchado al pasado, pues echaba de menos a su gran amor y se había ido con ella. Pronto regresaría para volver a mi futuro tantas veces como quisiera. ¡Estaba tan orgullosa de mi abuelo, era un genio! Había inventado la máquina del tiempo, y yo estaba curada.

No me importaba ya más, habría ocasiones para viajar, ahora quería disfrutar de mi nueva vida, mi nueva oportunidad, estudiar mucho, pues ya sabía lo que quería ser. Mi profesión de adulta sería médica.

Mi vida había sido toda una aventura, pero, como siempre, la protagonista sale airosa de todas sus aventuras.

¡Cuántas personas pueden decir lo que yo viví en el futuro, y que vi cosas antes que todos los demás! Cree en ti mismo. Porque todos tenemos un futuro maravilloso.

El espejo



Ilustración: Miguel Alemán

El espejo

Santiago Riquer Masiá

Aula Hospitalaria del Hospital General Universitario Gregorio Marañón de Madrid

Tic, tac, tic, tac. El reloj de cuco que colgaba de la pared de la entrada parecía ir acompasado con el latido del corazón de la casa que mis padres acababan de adquirir a las afueras de la ciudad.

Mi madre colocaba los nuevos muebles a su gusto. Mi padre, por otra parte, disfrutaba cortando leña en el jardín para la chimenea. Mi hermana escuchaba música de adolescente en su nuevo y recién pintado cuarto. El jardín lucía precioso, lleno de flores. Los arbustos que mi padre había estado plantando hace un rato, ya estaban salpicados por el riego automático que acabábamos de instalar.

Y yo, mientras tanto, no podía parar de mirar aquel espejo, bañado en plata e impoluto en comparación con los otros muebles de la casa, todavía amontonados y revueltos por la mudanza.

Paseando por los pasillos, me llamó la atención el espejito que lucía su brillante acabado en plata en medio del corredor por el que yo caminaba, y me paré delante de él. Estuve un buen rato observando aquel espejo cuando, de repente, un reflejo detrás

de mí apareció por arte de magia, dirigiéndose hacia el fondo del corredor. Rápidamente, aparté mi vista del espejo y salí como alma que lleva el diablo tras aquella luz que había visto hacía un segundo. Sin darme cuenta, me encontré en una persecución sin sentido por toda la casa, intentando averiguar quién o qué era ese haz de luz que corría delante de mí.

Al girar la esquina del pasillo, la luz había desaparecido. Observé a mi alrededor y me percaté de que después de haber corrido por toda la casa, estaba frente al mismo espejo donde había empezado la persecución.

La casa, de repente, se había quedado muy silenciosa. Las paredes lucían desconchadas y llenas de humedades, las vigas del techo estaban a punto de caerse, y el espejo ahora acumulaba una gran capa de polvo sobre él. Decidí salir al jardín. ¿Qué le había pasado al jardín? La fuente ya no tenía agua, el árbol que mis padres y yo habíamos plantado esa mañana al llegar a la casa, medía ahora seis metros de alto, y las enredaderas se abrían paso a través de los cristales rotos de las ventanas.

De repente oí unos pasos detrás de mí y, al girar la cabeza, descubrí a una mujer madura, de unos cuarenta años, frente a mí.

—¿Quién eres tú? —preguntó aquella mujer.

—Yo vivo en esta casa, me he mudado esta misma mañana.

—¿Cómo?, ¿acaso estás loco? Los dueños de esta casa, que eran mis padres, fallecieron hace diez años y mi hermano desapareció hace mucho tiempo. Yo soy la única de la familia que vive aún, aunque, mirándote bien, tienes un gran parecido con mi hermano... No puede ser, ¿eres tú? Pero ¿cómo es posible? Si desapareciste el mismo día que nos mudamos a esta casa, te

estuvimos buscando durante tres años y al cuarto te dieron por muerto...

—¿Muerto yo!? Pero... pero si solo estaba dando una vuelta por la casa esta mañana hasta que me topé con ese maldito espejo y la luz que reflejó.

—¿Te refieres a ese bonito espejo del pasillo?

—Sí, estaba frente a él, apareció una luz por detrás y al seguirla mi familia entera había desaparecido y la casa estaba distinta.

—Entonces... al seguir la luz que apareció en el espejo... ¡Viajaste al futuro sin saberlo! Debemos volver a mirarlo y quizás así puedas volver a tu época y, mi hermano, que eres tú, nunca habría desaparecido.

—Está bien, intentémoslo.

Fuimos entonces mi supuesta hermana y yo hacia el dichoso espejo y, efectivamente, al observarlo un rato, apareció la misma luz de antes y salimos corriendo detrás de ella. Mi hermana iba detrás de mí, pero al girar la esquina, de repente la luz desapareció y cuando me giré para avisar a mi hermana, ella ya no estaba. La casa lucía recién pintada de nuevo. Se oía a mi hermana cantar en su habitación y un agradable olor venía de la cocina, donde estaba mi madre. Miré por la ventana y mi padre seguía cortando leña, como esta misma mañana antes de que yo desapareciera.

Había vuelto al presente y, sin saberlo, había viajado al futuro. Y todo por culpa de aquel extraño espejo y la luz que se reflejaba en él.

Nunca llegaré a saber lo que pasó, pero lo que sí sé es que ese espejo está mucho mejor en el cubo de la basura.

La cura a través del tiempo



Ilustración: Asís Pazó

La cura a través del tiempo

Alba Parra González

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia

Aula Hospitalaria del Hospital General Universitario Morales Meseguer

Oía el leve sonido de las gotas de suero fluyendo por el cableado, aunque en su interior aquel sonido retumbaba como cañonazos. Bruno seguía ahí, inerte, pero no muerto. Aunque aún tuviera vida, teóricamente, su amigo ya no vivía. No se encontraba en coma ni nada, pero la quimio experimental resultaba tan devastadora que las drogas le generaban un sueño intenso, ella ya no las tomaba, pero estaba a punto de caerse rendida en un sueño. ¿Era triste? Sí. Haber sobrevivido ella a todo eso... y ahora tener que lidiar con la agonía de uno de sus compañeros de quimera. Si le salieran las palabras para escribir una poesía sobre esta vida, las propias letras llorarían.

Se escuchó el chirrido de la vieja puerta de la clínica, harta de tantos médicos con malas noticias y familiares embutidos en lágrimas. Raúl y Valeria ya habían superado su cáncer a base de someterse a duros tratamientos, mientras su amigo Bruno aún seguía internado bajo quimioterapia experimental, carente de dignas esperanzas. Tal vez, les sería más fácil cerrar la puerta y olvidarse de él, del aterrador destino irrevocable ante ellos. Pero ¿resultaría humano? Mejor guardar vigilia sobre él mientras sus padres trabajaban y ella, de paso, descansaba.

—¿Cómo vais? —preguntó Raúl al entrar.

Vio a uno durmiendo, y yo a la otra llorando, estrechándola así entre sus brazos, intentando protegerla de la tempestad, como si todo pudiera volver a la normalidad, cuando ahora solo son títeres inmersos en un mundo de agujas. Una dimensión incapaz de ser evadida. Puede que su destino fuera vivir como mártires, golondrinas nacidas para morir de frío.

—Lleva todo el día así —respondió Valentina apenada—, no sé qué hacer, ni yo, ni las médicas, ni nadie.

—Si pudiéramos viajar en el tiempo para traer la cura...

—Desearía poder usar esa dichosa máquina.

—¿Qué máquina?

—Ya sabes, aquella de la que te hablé. Un prototipo para viajar en el tiempo, mi madre y todo su equipo de laboratorio lleva meses buscando financiación para perfeccionarla y probarla.

—¿Tienen una máquina de esas? —quiso saber Raúl mínimamente alterado—. Podríamos viajar al futuro y traer la cura. La semana pasada leí un artículo que afirmaba que dentro de cinco años se hallaría la cura contra el cáncer.

—Ah, entonces tu plan es colarnos en el trabajo de mi madre. Saltarnos a los seguratas y el sistema de identificación de iris. Meternos en un prototipo que podría matarnos o enviarnos a la era mesozoica. Viajar cinco años en el futuro, sin certeza de la fecha concreta en la que se distribuirá dicha cura que seguramente no será fácil de robar. Y para rematar, si volvemos con vida, puede que la sustancia no funcione.

—En ese caso, cuando me toque hablar en el funeral diré que eres la mala amiga que se negó a ayudarme a seguir con vida.

A raíz de tal comentario comenzaron una disputa por la elección moralmente adecuada, hasta aceptar Valentina a colarse en los laboratorios a cambio de un tarro de Nutella.

Al llegar a su casa buscó entre todos los ficheros recientes y la agenda de su madre, puesto que la mujer era de esas personas despistadas que siempre guardaba contraseñas y palabras o números en libretas personales o archivos de notas del teléfono.

Cuando estaba terminando de registrar lo primordial, escuchó al picaporte girando, lo que le provocó un sobresalto.

—Hola, mamá —saludó aceleradamente.

—Hola cariño, ¿qué tal el día?

—Como siempre, cuidando a Bruno. He vuelto hace un rato y como no te he visto rondar por la casa, he pensado que estabas aquí.

—Sabes que vuelvo tarde.

—Ya, pero... —Intentaba razonar, mientras veía que su madre llevaba una extraña nevera portátil—. ¿Qué es eso?

—Oh, un ojo del becario. El segundo asesinado desde que comenzamos el proyecto del que te he estado hablando —le explica a su hija, mientras la mira estupefacta sin encontrarle razón alguna al hurto del órgano—. Era muy lento pasando las fórmulas a limpio. Como persona sería agradable, pero era el peor becario que he tenido.

—Pero ¿por qué te lo traes?

—De recuerdo hija, de recuerdo.

—Pero ¿y la familia?

—Al chiquillo se le daba peor la biología que a tu hermano. No creo que sus familiares perciban la diferencia, porque encima venía de un proyecto de inclusión social de las clases bajas.

—Ay, mamá, eres un amor.

—Sí, hija, sí. Podría haberle extirpado los dos y le he dejado uno por caridad cristiana. A pesar de que el misterioso asesino ahora tiene la oportunidad de cogerlo para pasar el control de iris, pero no pasa nada, mañana llega otro becario. Anda, mete esto al frigo. Quiero enseñárselo mañana a tu madrina.

Tras dicho el inusual y peculiar incidente con su atea madre, la joven telefoneó a su amigo.

—Raúl, ya sé cómo burlar el control de iris.

—¡Fantástico! Cuenta.

—Mi madre se ha quedado con un ojo del último becario que han matado.

—¿¡Qué!?

—Es que ella quería hacer medicina.

—Ya, pero...

—¿No querías llegar hasta la máquina del tiempo? ¡Pues ya está! No entiendo el problema.

—Pues que no sabía que tu madre diseccionaba los cadáveres de sus becarios.

—Tranquilo, solo es un *hobby*. No mata gente, aunque le gusta imaginárselo.

—¡Suficiente!

—Endeble... Nos vemos en la calle Gustavo Adolfo Bécquer a las diez en punto para ir hasta allí. No te preocupes por la seguridad de la entrada principal, ya sé cómo solucionarlo.

—Entendido, hasta esta noche.

—Hasta esta noche.

—Buenas noches, soy la hija de Amelia Prieto Sánchez. Me ha pedido que coja su bolso, lleva ahí su cartera y unos apuntes muy importantes con los que precisa trabajar esta noche.

—Está bien —accedió el guardia de seguridad del edificio—, pasad.

—No me puedo creer que haya colado —se sorprendió Raúl—. Con razón ya han asesinado a dos becarios.

—Y los que quedarán —dijo Valentina al salir del ascensor.

—¿Es aquí?

—Sí —afirmó sacando el ojo del bolsillo.

Valentina colocó el ojo frente al detector de retinas ante la mirada asqueada de Raúl. Acto seguido, este emitió un sonido, tras el cual las puertas del laboratorio quedaron abiertas.

Señaló un gran aro situado al lado de un bloque abarrotado de botoncitos y conectado a una pantalla.

—Impresionante, veamos cómo funciona.

—Muy fácil. Con los números del teclado escribimos la fecha donde la pantalla señala. Después, debemos poner el número de pasajeros, nuestro peso y altura. Por último hay que darle a iniciar. Lo pondré para dentro de seis años.

La máquina hizo «fiuuuuuuuuuuuuuhhhhhhhhhhhhhhhhhhh» y nuestros protagonistas se internaron en su viaje a través del tiempo.

—Seguimos en el laboratorio de tu madre.

—Seis años después. Venga, que tenemos que salir de aquí.

En el ascensor vieron una pantallita en la que aparecía el tele-diario. «Continúa la disputa entre la industria farmacéutica y la sanidad pública, debido al descubrimiento de la cura del cáncer. El Estado quiere fomentar la administración de dicha sustancia, pero las empresas destinadas a diversos tratamientos como las quimioterapias se niegan, puesto que sus beneficios disminuirían bruscamente».

Tras la impactante noticia, Valeria y Raúl llegaron a la planta baja, donde salieron de manera despreocupada del edificio. Entre ellos determinaron llegar a su hospital, colarse en alguna furgoneta de distribución de la farmacéutica, entrar en microbiología, coger el fármaco y largarse de vuelta a su año.

—Bien, ahí está microbiología. Vamos.

—Ya, pero no podemos entrar. Hay una chica vigilando.

—¿Seguro? No creo que le paguen mucho, al igual que no creo que tú seas muy atractivo. Pero no tiene pinta de lesbiana, así que ya puedes ir a cortejarla.

—¿¡Qué!?! ¡Ni en broma!

—Lo siento, pero carecemos de otra opción. No haber ido al gimnasio incluso cuando te bajaba el nivel de hemoglobina.

Tras unos minutos, Valeria pudo entrar en la cámara. Aquella consistía en un cuarto lleno de tanques destinados a la criogeni-

zación. Tuvo que rebuscar bastante hasta encontrar la probeta acertada. Al salir buscó a Raúl por diversos pasillos hasta encontrarlo en un cuarto de la limpieza, preso de los besos de la segurata.

—Bueno... siento arruinaros la fiesta pero mi hermano y yo nos tenemos que ir —dijo mientras lo agarraba de los brazos.

—¡Llárame!—rogó la segurata.

—¿Desde cuándo somos hermanos?

—Calla y corre, no quiero alterar el continuo espacio-tiempo.

—Uff, enciende ese trasto por favor. No quiero que lleguen los de seguridad a detenernos. Necesito volver a mi camita.

Tardaron dos horas en llegar al hospital debido al cansancio. Allí Valeria se puso unos guantes estériles y cogió dos toallitas de clorhexidina para disolver la cura en el suero.

—Toma.

—Metemos medio mililitro aquí y ya.

—Cuánta profesionalidad. ¿Crees que funcionará?

—Debería hacerlo.

—¿Tanto te fías de ese mejunje?

—No, pero con todo lo que nos hemos esforzado para curar a Bruno, nuestra amistad debería funcionar.

Cuando abrió los ojos, Bruno ya no tenía conectada la mascarilla de oxígeno y no se le notaba tan pálido. Además, sonreía acompañado de dos halos de luz en su espalda. Parecían alas.

El sueño de Nathan

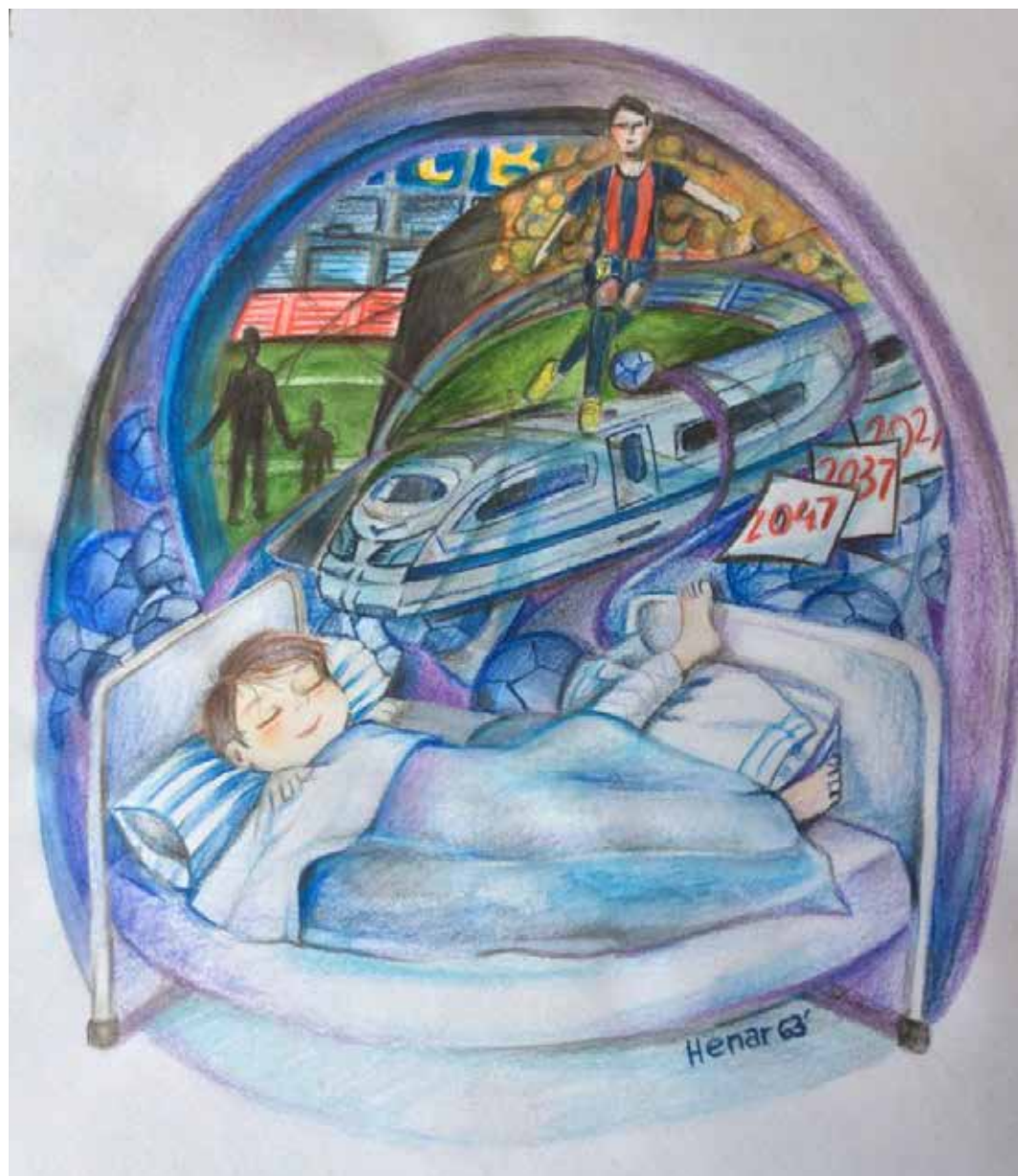


Ilustración: Henar Morós

El sueño de Nathan

Federico González Tercero

Equipo Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de Albacete

Aula Hospitalaria del Hospital General Universitario de Albacete

Nathan era un chico de doce años al que le encantaba el fútbol, pero su madre no le dejaba jugar porque tenía que estudiar más y tenía miedo de que se hiciese daño. Nathan era del F.C. Barcelona y su padre del Madrid, por lo cual siempre reñían.

Un día, antes de ir a la escuela, Nathan le dijo a su madre que iba a ir a estudiar a casa de su amigo Juan al salir de clase. Su madre aceptó, pero lo que no sabía era que antes iban a ir a jugar al fútbol. A Nathan esa mañana en clase se le hizo eterna pensando que iba jugar al fútbol. Unas horas después salieron y fueron con sus otros amigos a las canchas.

Nathan estaba pensando que su madre nunca lo sabría, pero entonces se cayó y se dio un golpe muy fuerte en la rodilla. Segundos después, le empezó a doler muchísimo y no la podía mover. Sus amigos llamaron a su madre y Nathan, entre el dolor, solo pensaba en su madre. Cuando llegó en el coche ni se hablaron.

Cuando llegaron al hospital le dijeron que tenía la rodilla rota. Unos días después, operado y con la rodilla escayolada, su madre

le echó la bronca por engañarla. Su madre, muy enfadada, le dijo a su abuela se quedara con él esa noche y la abuela aceptó.

Esa noche Nathan no podía dormir, pasaban las horas, la una, las dos, las tres... Cuando de repente tocaron a la puerta. Él pensó que sería una enfermera, pero cuando vio a un hombre bien vestido pero un poco raro creyó que se habría equivocado. Nathan le preguntó:

—¿Señor, se ha equivocado?

El misterioso hombre negó con la cabeza.

El hombre de aspecto raro le preguntó unas cuantas cosas:

—Chico, ¿cuál es tu ídolo? ¿Te gustaría conocerlo?

Nathan rápidamente contesto:

—Andrés Iniesta.

El hombre le dijo una última cosa:

—¿Cuál es tu equipo favorito? ¿Te gustaría ir a verlo?

El chico dijo:

—El F.C. Barcelona, y claro que me gustaría....

Aquel hombre, con una sonrisa, le dijo que se preparase para cumplir su sueño.

Al día siguiente le dieron el alta y apareció el mismo señor. Habló con sus padres. Ellos aceptaron, pero solo podría ir él a ese viaje.

A la mañana siguiente llegó el hombre en coche. Nathan se despidió de su familia y subió al coche. Mientras llegaban al AVE, Nathan le preguntó cómo se llamaba y él contestó que Andrés. En ese momento a Nathan le pareció familiar su cara. Llegaron al tren y se subieron. Después de treinta minutos Andrés le dijo:

—Duerme, aún queda mucho viaje por delante.

Al despertar, ya estaban en Barcelona y Andrés le dijo:

—Aún queda mucho tiempo para el partido, demos una vuelta.

Nathan veía algo raro. Todo le parecía extraño y la gente iba vestida con ropa rara. No conocía ninguna marca de coche y los edificios eran diferentes. La Sagrada Familia estaba por fin acabada.

Después de dar una vuelta por Barcelona se dirigieron al Camp Nou a ver el partido. Cuando los jugadores salieron del vestuario no conocía a nadie, y más cuando salieron las alineaciones con nombres como Shakiro, Milan, Pichi... Además, el campo parecía más grande. Al acabar el partido Andrés le dijo a Nathan que fuera a la sala de prensa y esperase.

Al llegar a la sala Andrés le mando una videollamada diciendo que Iniesta iría en cinco minutos. Cuando Nathan escucho la puerta, se emocionó y miró con expectación la puerta, pero cuando vio entrar a Andrés se desilusionó y le preguntó:

—¿Pero no iba a venir Iniesta?

Andrés soltó una carcajada y le contesto:

—Nathan..., ¿no entiendes lo que ha pasado? Han pasado treinta años. Cuando fuimos en el tren cogimos un túnel del tiempo y yo... Yo soy Iniesta.

Al escuchar eso, Nathan se quedó confundido pero entendió todo: la ropa, las marcas... Iniesta y Nathan pasaron un gran día. Al volver en el AVE, Nathan se durmió.

Al llegar se despertó e Iniesta ya no estaba, cuando salió del AVE le dijo a su familia que Andrés continuaba y que les mandaba recuerdos.

Ese mismo día, por la noche, Andrés se le apareció en sueños, se despidió de él y le pidió que no lo contara. Todo quedaría en sus recuerdos.

CATEGORÍA E

(Alumnado con diversidad intelectual)

Los reinos de Etagi y Segu

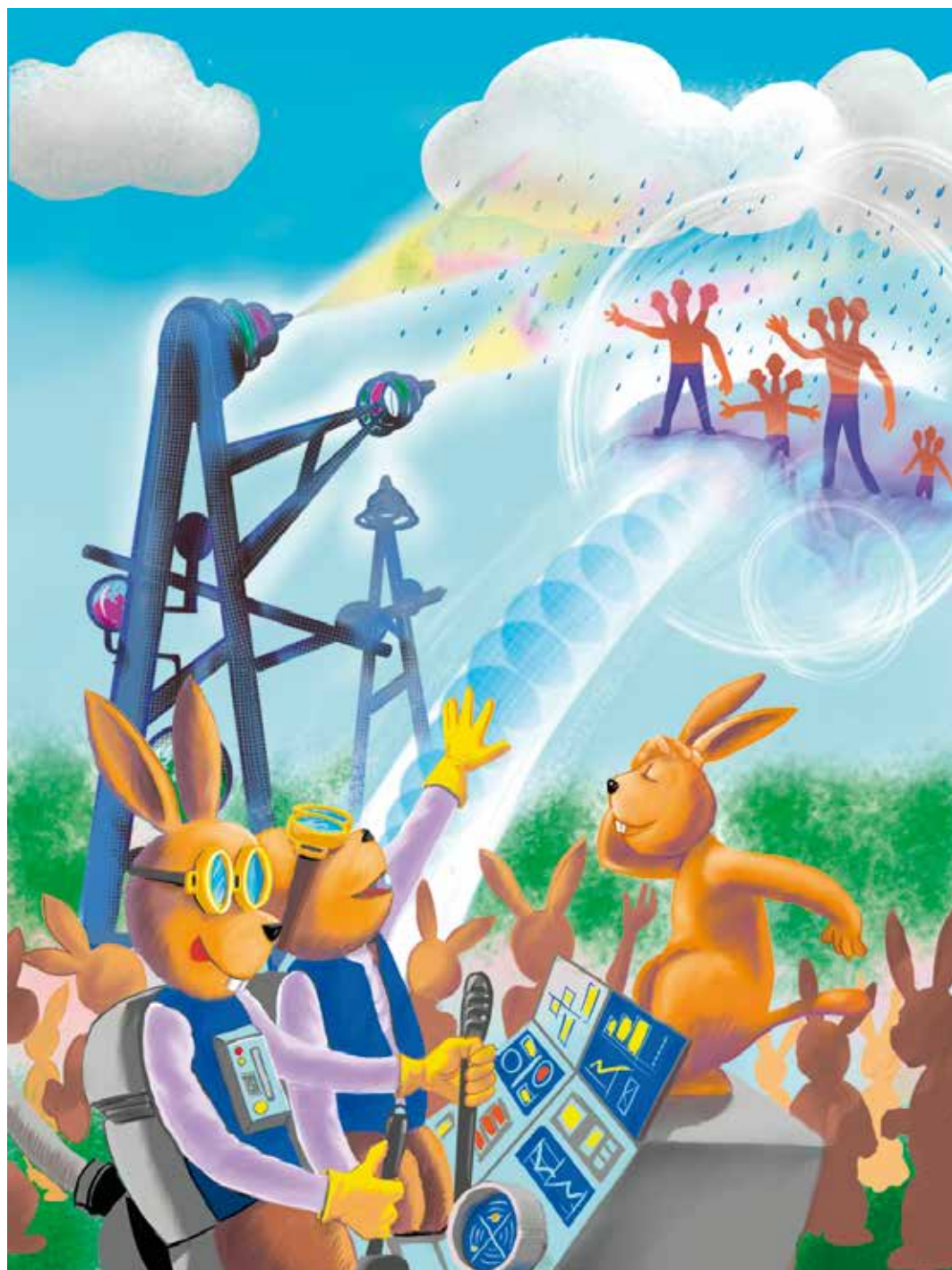


Ilustración: Francisco Riquelme Mellado

GANADOR CATEGORÍA E

Los reinos de Etagi y Segu

Salif Cisse

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia
Aula Hospitalaria del HCU Virgen de la Arrixaca

Érase una vez dos pueblos llamados Etagi y Segu. Etagi estaba en el futuro y estaba habitado por monstruos que tenían tres cabezas. Segu estaba en el presente y allí vivían los conejos, pero no eran conejos normales, porque tenían una máquina que los podía llevar al futuro cuando ellos querían. Estos pueblos eran amigos y se visitaban de vez en cuando.

Pero un día ocurrió un problema: dejó de llover y poquito a poco se fue acabando el agua. El agua era muy importante para el mundo de Etagi porque si no tenían agua, las cabezas de los monstruos crecían sin parar y se les llenaba de aire. Este aire pesaba mucho y las cabezas se les caían al suelo y se les rompían. Tampoco podían dormir y les dolía mucho.

Entonces decidieron pedir ayuda a sus amigos los conejos para que les trajeran agua de Segu. Los conejos la transportaban desde el presente al futuro sin ningún problema, pero llegó un momento en el que sus máquinas voladoras dejaron de funcionar porque el agua pesaba mucho y se rompieron los motores.

Entonces pensaron que la solución no era transportar agua, sino inventar nubes para que lloviera otra vez en Etagi. El rey de Segu, que era muy listo, se encerró en su castillo, y después de varios días logró inventar nubes que llovían cuando se les ordenaba. Los monstruos de Etagi se pusieron muy contentos porque ya no iba a morir nadie más y sus problemas se terminaron.

X Certamen Internacional de Relatos “EN MI VERSO SOY LIBRE”

Extracto del acta del fallo del jurado.

Murcia, 22 de febrero de 2017.

Se hace pública la composición del jurado del X Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre”.

Presidenta: Dña. Aurora Gil Bohórquez

Secretaria: Dña Juana M^a Sánchez García

Vocales: D. Luis Francisco Martínez Conesa

Dña. Elena Ladrón de Guevara Mellado

Dña. Lary León Molina

Dña. Ana Mayoral Núñez

Dña. Marisa López Soria

Dña. Pilar Carrasco Lluch

Dña. Francisca Martínez Andreu

D. José Emilio Linares Garriga

En la presente edición se han recibido 153 relatos, procedentes de 22 aulas hospitalarias, de las comunidades autónomas de Andalucía, Castilla y León, Cataluña, Castilla-La Mancha, Islas Canarias, Madrid, Murcia, Comunidad Foral de Navarra, Principado de Asturias y uno de procedencia internacional, Brasil. Los miembros del jurado, una vez leídos los relatos, deciden por mayoría absoluta otorgar los siguientes premios:

- **Premio para la Categoría A** (de 6 a 9 años) al relato “El hospital del futuro”
- **Premio para la Categoría B** (de 10 a 13 años) al relato “En el futuro...”
- **Premio para la Categoría C** (de 14 a 17 años) al relato “Sonrisas de Magdalena”
- **Premio para la Categoría E** (alumnado con diversidad intelectual) al relato “Los reinos de Etagi y Segu”

A su vez, el jurado decide seleccionar, por su calidad literaria, otros 22 relatos que serán publicados, junto con los cuatro ganadores, en el libro “En mi verso soy libre. Relatos 2017”.

En esta ocasión, los relatos han versado sobre el tema *El futuro*. Y casi todos ellos han mirado de frente al futuro, con imaginación, con humor, como un viaje espectacular y mágico, o como un tiempo soñado... Aparecen robots, incluso preciosas robots rubias, coches que circulan por aire, mar y tierra, casas gravitatorias (que flotan en el aire), edificios metalizados, escuelas interplanetarias, máquinas para hacer los deberes, hospitales tecnológicos... También hay quien imagina un futuro oscuro, contaminado, deshumanizado y frío, destruida la Tierra por guerras absurdas e injustas. Pero, en realidad, todos nuestros participantes saben que el futuro depende también de nosotros... Como escribió **Walt Whitman**: “Piensa que en ti está el futuro y encara la tarea con orgullo y sin miedo”.

Relación de Aulas Hospitalarias participantes en el X Certamen Internacional de Relatos 2017 “En mi verso soy libre”

ANDALUCÍA:

Hospital Universitario Virgen Macarena de Sevilla.

CASTILLA-LA MANCHA

Hospital General Universitario de Albacete.

Complejo Hospitalario Universitario de Albacete, Atención Domiciliaría.

Hospital Complejo Hospitalario Ntra. Sra. del Perpetuo Socorro de Albacete.

Hospital General Universitario de Ciudad Real.

CASTILLA Y LEÓN

Hospital Clínico de Valladolid.

Hospital Universitario Río Hortega de Valladolid.

Hospital Infanto Juvenil de Valladolid.

CATALUÑA

Hospital Clínic de Barcelona.

COMUNIDAD FORAL DE NAVARRA

Clínica Universidad de Navarra.

ISLAS CANARIAS

Hospital Universitario Materno Infantil Las Palmas de Gran Canarias.

MADRID

Hospital Universitario Fundación Alcorcón. Madrid.

Hospital Universitario de Fuenlabrada. Madrid.

Hospital Infantil Universitario Niño Jesús de Madrid.

Hospital General Universitario Gregorio Marañón de Madrid.

PRINCIPADO DE ASTURIAS

Hospital Central de Asturias.

REGIÓN DE MURCIA

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca de Murcia.

Hospital General Universitario Morales Meseguer de Murcia.

Hospital General Universitario Reina Sofía de Murcia.

Hospital General Universitario Santa Lucía de Cartagena.

BRASIL

Hospitalar Tucua de Sao Paulo.

AGRADECIMIENTOS

Instituciones y entidades patrocinadoras del X Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre” 2017



X Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre”

Este libro reúne los relatos seleccionados en el X Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre”, organizado por el Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia (España), dependiente de la Consejería de Educación y Universidades. Cada uno de ellos está magníficamente ilustrado.

Se trata de un proyecto que va más allá de unas meras actividades de animación a la lectura y escritura. Va dirigido a desarrollar en los niños, niñas y

adolescentes en situación de enfermedad sus capacidades creativas y literarias, aprovechando el poder terapéutico que la lectura y la escritura pueden ejercer en situaciones adversas.

Los relatos de este año versan sobre *El futuro*. Viajar en el tiempo es una de las aventuras más fascinantes que se te pueden poner por delante y nuestro alumnado han mirado de frente a él, aprovechando la ocasión para introducirse en un viaje cargado de esperanza y de fantásticos deseos.

